



Eli Jane Foster

Gold

and

Diamonds

Gold and Diamonds

Eli Jane Foster

Keira estaba encantada de la vida.

Había conseguido una entrevista de trabajo con David Clarkson, un multimillonario que buscaba asistente. En la entrevista se quedó impresionada por la personalidad del tipo, pero cuando le dio un azote en el trasero diciendo que se mudara, empezó a pensar que aquello era lo más excitante que le había sucedido en la vida y no pensaba dejarlo pasar.

Indice

[Gold and Diamonds](#)

[Indice](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Keira sonrió a su madre maliciosa con las cartas en la mano. —Estás perdida.

—Sí, eso dices siempre, pero al final siempre te gano.

—Ja, ja.

Se mordió su grueso labio inferior y puso las cartas sobre la mesa. —Full.

Lorraine Adkins sonrió de oreja a oreja mostrando sus cartas. —Póker de ases.

—¡No puede ser! ¡Haces trampas!

Su madre se echó a reír a carcajadas por su indignación y recogió sus cinco dólares de ganancias. — Soy rica.

En ese momento sonó el teléfono y Keira se levantó para cogerlo. —No sé cómo lo haces, pero algún día te pillaré. Es imposible que tengas tanta suerte y sigamos siendo pobres. —Descolgó el teléfono de la pared. —Casa de las Adkins.

—¿Keira Adkins?

La voz profunda de un hombre la hizo mirar a su madre para que bajara el volumen de la televisión. —Sí, soy yo.

—Me ha llegado su currículum por la agencia de empleo y me gustaría concertar una cita para una entrevista de trabajo.

—Oh, por supuesto. —Nerviosa miró a su alrededor buscando un papel y su madre le acercó un block de inmediato. —Dígame.

—Mañana a las seis de la tarde en el ciento veintiséis de la Quinta.

Abrió los ojos como platos. —¿La quinta Avenida?

—Exacto.

Su madre empezó a dar saltitos por la habitación. —Pregunte al portero por mí. Soy David Clarkson. Se le cortó el aliento. ¿Le estaban gastando una broma? —¿David Clarkson? ¿Estamos hablando del edificio Clarkson?

—Ese mismo. No se retrase —dijo muy seco antes de colgar.

Atontada y con el teléfono aún en alto, miró a su madre que se había llevado una mano al pecho. — David Clarkson.

—¡Dios mío, qué suerte tienes! ¡Y yo limpiando en casa de no me conoce nadie!

Imágenes de David Clarkson aparecieron en su mente una tras otra. Dios, siempre le había parecido guapísimo y tan atractivo con esos trajes que llevaba. Las revistas estaban locas por él y era considerado uno de los solteros de oro de Nueva York.

Su madre se acercó emocionada colgando el teléfono, pero al darse cuenta de lo que había hecho descolgó para volver a escuchar colgando de golpe. —Bueno, ¿no estás emocionada? —La cogió de las manos llevándola hasta el sofá. —Tus referencias de los señores Sutton debieron ser buenísimas para que una casa así requiera tus servicios.

—Me trataban muy bien —dijo poniéndose nerviosa—. Es una pena que se tuvieran que mudar a Europa.

—Mejor para ti. Dios mío, David Clarkson. Encima es soltero. No tendrás mucho trabajo.

—Mamá, tendrá más servicio. —Se levantó inquieta. —Además no me ha dado el trabajo. Sólo es una entrevista.

—Si tuviera más servicio no te entrevistaría él mismo. Sería su mayordomo. No, creo que le gusta tener privacidad en su casa. A lo mejor tiene cocinera, pero...

—Ya nos enteraremos mañana —dijo entrando en la minúscula cocina de su apartamento—. ¿Qué te apetece cenar?

Su madre se levantó del sofá. —Hija, no entiendo qué te pasa. Deberías estar contentísima.

—Estoy siendo realista. —Dejó el escurridor sobre la encimera. —Mírame. Soy bajita, tengo pelo de rata y me sobran cinco kilos.

—No tienes pelo de rata —dijo sin añadir que sí que le sobraban cinco kilos—. Se te deshacen los rizos porque no te cuidas.

—No te montes películas. Seguro que en ese puesto querrá tener una chica mona para servir el té a sus conocidos. Cuando me vea a mí, verá a la niñera de los hijos que tendrá con alguna niña rica y me dirá gracias por venir.

—¡Por el amor de Dios! ¡Siempre eres tan pesimista! Vas a limpiar su casa. ¿Qué más dará el aspecto que tengas?

—Vaya, gracias.

—No he querido decir que seas fea. No lo eres. Siendo hija mía, eso es imposible.

Miró asombrada a su madre, que pesaba veinte kilos más de lo que debería y no se cuidaba en absoluto. —Puede que esté rellenita, pero los hombres dicen que mi simpatía lo suple con creces. —Le guiñó un ojo. —Además, les encantan mis curvas.

—¡Oh, por Dios! Qué asco. ¿Tienes que hablarme de tus amantes?

—¡Hija, vive un poco! Ese hombre no quiere una amante, quiere que le limpien el wáter y tienes un curriculum impecable, no como el mío.

—Si no te hubieras liado con el jefe...

—Va, es que ella era muy sosa. Con tu carácter estoy segura que le encantarás. Eres tímida y muy trabajadora. Estaría loco si no te contratara.

Keira se mordió el labio inferior. —Sí, ¿verdad?

—Además cocinas muy bien. Si no tiene cocinera y tienes que encargarte de él, estará encantado al segundo día.

—Puede que tengas razón. —Sacó la pasta de la alacena. —Cumpló de sobra con los requisitos.

—Y tendrás un sueldo decente. ¡Una amiga mía trabajaba en la parte alta y ganaba dos mil dólares al mes! —Keira abrió los ojos como platos. —¡Sí! Sólo tenía medio día libre, pero estaba encantada. Decía que sus señores nunca estaban en casa y veía la televisión en la cocina todo lo que le daba la gana.

—Me estás metiendo una trola.

—No, de verdad. Estos ricos nunca están en casa. No como yo, que tengo que atender a todos esos chillones. —Cogió una cacerola para echarle agua. —Oye, si necesita a alguien más, dile mi nombre.

—No pienso hacer eso.

—Lo pasaríamos genial juntas.

—Ni hablar.

—No seas quisquillosa. Tu trabajarías y tu madre descansaría.

—Ja, ja.

Lorraine se echó a reír. —¿Qué te vas a poner para la entrevista?

—No sé. ¿El vestido marrón?

Su madre la miró con horror. —¡Parece un saco!

—¿El negro?

—¿Con el que vas a los entierros?

—¡Está bien! ¿Qué te pondrías tú? Así ahorraré tiempo.

La miró de arriba abajo. —Ponte una minifalda vaquera y una camiseta de tirantes. La iremos a comprar mañana mismo.

—Por Dios, pensaría que soy una colegiala.

—Pues muy bien —dijo maliciosa—. Igual le van las colegialas.

—Estás fatal. —Sin poder evitarlo se echó a reír, porque era tan imposible que ella hiciera algo así como que lloviera hacia arriba.

—Está bien. Ponte el vestido marrón, pero si te dice que él elegirá tu uniforme, no te sorprendas.

—Ya tengo uniforme.

—Pues eso.

Al día siguiente a las seis menos cuarto llamaba a la puerta del último piso del dueño del edificio. Nerviosa se pasó la mano derecha por su vestido negro. Se había decidido por el negro porque era más moderno. Su corte hacía que se le cruzara por encima de sus generosos pechos y al quedarle por las rodillas, era elegante.

La pena era los zapatos de cinco centímetros de tacón que llevaba. Debería haberse comprado unos un poco más altos para estilizar las piernas. Se sorprendió cuando abrieron la puerta y vio al otro lado a David Clarkson hablando por el móvil. Le hizo un gesto con la cabeza para que entrara y ella lo hizo a toda prisa, apretando la correa del bolso que llevaba colgado del hombro, casi sin mirarle de la vergüenza que le daba.

Tras ella escuchó que cerraba la puerta. —Sí, arregla ese trasvase de acciones y llámame en cuanto tengas la documentación. —Ella le miró sobre su hombro y se sonrojó al darse cuenta que le estaba mirando el culo. Él levantó la vista arqueando una ceja, lo que la sonrojó aún más. Dios, qué guapo era. Pasó a su lado y su aroma la puso aún más nerviosa.

Acalorada le vio ir hasta un sofá de cuero marrón y sentarse ante unos papeles que estaban sobre la mesa de café sin dejar de hablar por teléfono. Eso le dio la oportunidad de observarlo con atención sin moverse del sitio. Su pelo moreno en un corte clásico estaba revuelto como si se hubiera pasado la mano por él varias veces y en ese mismo momento vio cómo se pasaba la mano por su cabello inconscientemente. Llevaba su camisa blanca remangada hasta los codos, que apoyó sobre sus rodillas para leer un papel que tenía delante. Él levantó la vista y a Keira se le cortó el aliento al ver el color de sus ojos. Gris claro como los de un felino. Sintió que su vientre se estremecía y él le indicó con una mano que se acercara y se sentara frente a él. Nerviosa lo hizo en el sofá de enfrente y para disimular miró a su alrededor.

La casa era moderna, pero no demasiado. Frunció ligeramente el ceño al ver un enorme cuadro que había sobre un aparador cerca del ventanal. Las líneas parecían puestas sin control, pero la imagen que ella vio en ese cuadro la puso como un tomate. Entonces al echar un vistazo al cuadro que había sobre la moderna chimenea de granito, vio la imagen al momento. La influencia de su madre la estaba volviendo una perversa.

Él sonrió de medio lado sin perder detalle mientras hablaba por teléfono y así estuvo cinco minutos más hasta que colgó tirando el móvil sobre la mesa. Distráida con el cuadro, ladeó la cabeza para ver la imagen mejor.

—¿Te gusta?

Se sobresaltó mirándole. —¿Qué?

—El cuadro. ¿Te gusta? Es de un artista emergente. Yo creo que tiene mucha fuerza.

Ella asintió disimulando la vergüenza que sentía. —Te llamas Keira, ¿verdad?

—Sí, señor Clarkson. —Le miró a la barbilla para no tener que enfrentarse a esos ojos que la ponían tan nerviosa.

—¡Keira, mírame a los ojos!

Se sonrojó aún más por la orden y levantó la vista lentamente pasando por esos labios y su nariz hasta llegar a sus ojos. Él asintió satisfecho y se recostó en el sofá mirándola fijamente. —Cuéntame algo

de tu vida.

—¿De mi vida?

—Si tienes novio, marido, padre, hermanos... esas cosas. Quiero saber cosas de ti antes de meterte en mi casa.

Ella podía entenderlo. Él era famoso y querría asegurarse de que no era alguien que quería aprovecharse.

—Pues tengo veinticinco años, soy soltera y vivo con mi madre en un apartamento en Brooklyn. — Sonrió tímidamente. —Participo en la Iglesia y no tengo novio, ni marido.

Él chasqueó la lengua como si su vida fuera un coñazo. —Así que eres una monja que se dedica a limpiar casas.

Keira se puso como un tomate. Pero sí. La verdad es que su vida era muy aburrida.

—He visto tu curriculum y siempre has trabajado con familias. ¿Tienes problema en trabajar para un soltero?

—No —contestó extrañada por la pregunta—. ¿Por qué?

David Clarkson se levantó. —¿Eres puritana? ¿Te escandalizas con el sexo?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Por tu reacción al cuadro.

Se puso como un tomate. —Es que es un poco fuerte.

Él sonrió cruzándose de brazos. —¿Tú qué ves en ese cuadro?

Eso la inquietó porque igual no se veía lo que ella se había imaginado. Se apretó las manos sin darse cuenta y volvió a mirar el cuadro, pero la imagen para ella cada vez era más nítida. —Pues...

—No seas tímida. ¿Qué es lo que ves? —Él sonrió ligeramente. —Te aseguro que yo no me voy a escandalizar de nada de lo que digas.

—Una pareja ...

—¿Una pareja qué?

Se pasó la lengua por su labio inferior sintiendo un calor en el vientre. —Una pareja haciendo el amor.

—¿No me digas? ¿Por qué no me la describes?

Ella apretó las piernas sintiendo que ese calor la estaba excitando. Por Dios, sólo hablaban de un cuadro. —Ella está tumbada boca arriba con las piernas abiertas y él...—Le miró a los ojos. —Pues eso.

—¿Y qué es eso?

—Le está probando en sus partes.

—Le está probando en sus partes. Menuda manera de decir que le está comiendo el coño. —Keira abrió los ojos como platos realmente sorprendida. —¿Ves cómo te escandalizas?

—Es que ha sido muy... grafico.

—¿Sabes qué tipo de cuadro es ese? —dijo con voz grave y ella negó con la cabeza—. Puede que si te contrato, te lo cuente algún día.

La miró fijamente y apretó los labios como si le disgustara su aspecto. Nerviosa se pasó la mano por sus rizos castaños.

—En tu curriculum dice que sabes cocinar. Suelo cenar en casa los fines de semana. Antes quiero probarte. —Esa frase le cortó el aliento mientras le miraba con sus preciosos ojos verdes enormes de la sorpresa. —Vete a la cocina y prepara la cena.

Él se sentó de nuevo en el sofá y cogiendo su móvil la ignoró para volver a su trabajo. Lentamente se levantó y dejando su bolso allí, fue hacia donde se imaginaba que estaba la cocina por cómo estaba la mesa de comedor. Empujó la puerta blanca al darse cuenta que era abatible y siguió por el ancho pasillo hasta la cocina que veía al fondo. Con curiosidad abrió una puerta que había de camino y vio que era el cuarto de la lavadora, que era tan grande como el piso que compartía con su madre.

Temiendo que la pillara curioseando, entró en la cocina para quedarse con la boca abierta. Decorada en granate y acero inoxidable, la habitación rectangular tenía de todo. Desde un robot de cocina de última generación, que ni sabía cómo se encendía, hasta los hornos más avanzados que había en el mercado. Aquello sí que la puso nerviosa porque esperaba saber encender la cocina industrial que había, pues era de gas. Abrió una de las puertas de la nevera para encontrarse con un congelador y al abrir la otra vio que era un botellero con todo tipo de vinos y cavas. Fue hasta la siguiente puerta y casi llora del alivio al ver que era la nevera. Sacó queso, beicon, nata y varias cosas más. Al abrir los armarios de la cocina se encontró con unos envases de cristal con pastas de grumet. Decidió hacerle unos raviolis de queso y mientras calentaba el agua, cortó todo lo necesario. Tardó una hora en terminar la cena, porque como no encontraba nada, todo le llevó el doble de tiempo.

Cuando estaba listo para emplatar, se dio cuenta que no había puesto la mesa y al ver la enorme mesa redonda en la cocina, se preguntó si cenaba allí cuando no tenía invitados. Sería mejor preguntar. Encontró unos mantelillos de rafia y las servilletas. Con ello en la mano fue hasta el salón y sea acercó a él. —Señor, ¿dónde cena normalmente?

Él levantó la cabeza para mirarla. —Pon la mesa en la cocina y así hablamos.

Se sonrojó asintiendo y casi corrió hacia la cocina para poner la mesa temiendo que los raviolis se pasaran de tiempo. Cuando terminó, puso dos copas. Una para el agua y otra para el vino. Pero como no sabía qué vino prefería, esperaba a que él llegara.

Volvió al salón e inquieta esperó a su lado a que terminara de hablar por teléfono. Y tardó más de diez minutos. Gimió porque el plato se quedaría frío. Estaba claro que no la contrataría. Adiós a ese sueldo de ensueño.

Él dejó el teléfono y ella aprovechó antes de que se pusiera a hablar de nuevo. —Señor, la cena está lista.

—Enseguida voy.

Ella se volvió mirándole esperando que se levantara, pero cuando no lo hizo pasó la puerta abatible dejándolo solo. Corriendo fue hasta la fuente donde estaban los raviolis listos para servir y encendió el horno para meter la fuente dentro. Esperaba que el queso no se fundiera demasiado. Mirando el horno para controlarlos, escuchó los pasos de su jefe. Sonriendo se volvió y él se sentó en la mesa ignorándola. —Cerveza.

—Sí, señor.

Fue hasta la nevera y sacó uno de los botellines quitándole la chapa para acercarse y servirle la cerveza, pero cuando la iba a echar en el vaso, se la cogió de la mano rozándola de paso. Keira disimuló el hormigueo que sintió dándose la vuelta para ir a por la fuente. Con cuidado la sacó del horno y al ponerla sobre la encimera le miró de refilón. Él bebía de la boquilla de la cerveza sin dejar de observarla en silencio. ¿No se suponía que quería hablar con ella? Le sirvió los raviolis en el plato y se acercó sirviéndole por su derecha.

—Raviolis —dijo mirando el plato.

—Sí, señor.

—No te has comido mucho la cabeza, ¿verdad?

Se sonrojó porque tenía razón. —Es que no conozco la cocina, pero en cuanto me encuentre a gusto, puedo hacer cualquier cosa que me pida.

Él la fulminó con la mirada. —Yo no pido. Nunca.

Keira se estremeció. —Sí, señor.

—Tienes que adelantarte a mis necesidades.

—Sí, señor.

Cogió el tenedor y pinchó la pasta. Se la acercó a la boca y Keira abrió sus labios sin darse cuenta. Avergonzada por quedársele mirando, se dio la vuelta y empezó a recoger la cocina.

—Keira, ven aquí.

Ella dejó la fuente y volvió a su lado esperando órdenes. Pero él no dijo una sola palabra. Siguió comiendo tan tranquilo. ¿Tenía que quedarse mirándole? Aquello era increíble. Cuando vio cómo se terminaba la cerveza, rápidamente fue hasta la nevera y sacó otra dejándosela al lado del plato rápidamente. Él masticó con calma y cuando terminó simplemente dijo —¿Qué hay de postre?

¡Mierda, el postre! Al darse cuenta que no había postre, él se levantó colocándose ante ella. Keira levantó la cabeza y tembló sin poder evitarlo por tenerlo tan cerca.

—Puedes irte.

—Sí, señor.

Se volvió con intención de irse, pero al ver la cocina sin recoger, irracionalmente se puso a limpiar todo lo deprisa que pudo. Estaba frotando la encimera para dejarla reluciente cuando él se acercó y le dio un azote en el trasero. Keira se detuvo en seco sin moverse y él susurró —Mañana te quiero aquí con la maleta a las seis y media. Te abrirá el portero. —Amasó su glúteo por encima de su vestido negro. — Espero que lo del postre no vuelva a pasar.

—No, señor —susurró sin aliento sintiendo como se alejaba. Se quedó en esa posición un rato todavía sin creerse lo que había pasado. ¡Le había dado un azote! ¡Y después la había magreado!

¡Dios, era lo más excitante que le había pasado en la vida!

Lentamente siguió pasando el trapo por la encimera y cuando todo estuvo impecablemente limpio, salió al salón para recoger su bolso y al no verle, decidió irse sin despedirse, pues él ya la había enviado a casa.

Fue en el ascensor donde se dio cuenta que ni le había dicho cuánto cobraría. Y fue en el hall cuando recordó que le había dicho que tenía que llevar la maleta. ¿Maleta? ¿Cómo que la maleta? ¿Sería interna? Sólo pensar en dormir en el mismo piso que ese hombre, la ponía muy nerviosa. Madre mía, dónde se había metido.

Capítulo 2

—¿Cómo que interna? —Su madre se sentó ante ella mientras devoraba la carne asada. —Nunca has sido interna.

—Pues al parecer ahora lo soy.

—¿Cómo es?

Dejó de masticar para levantar la vista. —Intenso.

—¿Qué quieres decir?

—No sé. Es una sensación. —Se sonrojó intensamente pues no sabía cómo explicarlo. Sólo recordar ese azote, la excitaba. Perdió el apetito y apartó el plato habiendo comido sólo la mitad.

Su madre frunció el ceño. —¿No comes más?

—No tengo hambre.

—¿Y cómo es? ¿Es atractivo?

—Uff.

—¿Tanto? —Su madre sonrió de oreja a oreja. —¿Ves posibilidades?

—¡Mamá! —Se levantó saliendo de la cocina. —Tengo que hacer la maleta.

—Venga, cuéntame algo.

—Es dominante. —Su madre se la quedó mirando desde la puerta de su habitación. Cogió la maleta que tenía sobre el armario y de reojo vio la sorpresa en su cara. —Creo.

—¿Qué quieres decir con dominante?

—Pues eso. —Se mordió la lengua arrepentida por haber abierto la boca.

—¿Dominante de tráeme un café? ¿O Dominante de quítate las bragas que te vas a enterar de lo que es bueno?

Keira se puso como un tomate. —Lo segundo. Creo.

—Vamos a ver, que seguro que estás exagerando. Explícate.

—Me ordenó hacerle la cena y se me olvidó el postre de los nervios. Estaba limpiando la encimera y me dio un azote.

Su madre sonrió radiante. —Dios mío. Y eso sólo en unas horas. Qué excitante va a ser tu estancia allí.

—¡Mamá!

—¡Vamos, no me digas que no lo piensas! —Su madre suspiró. —Qué pena no ser joven. Yo tuve un señor....

—Oh, por Dios. No vuelvas a hablarme de mi padre, que se me revuelven las tripas.

—¿Cuándo te he dicho yo qué era tu padre?

Keira puso los brazos en jarras. —Se te escapó un día.

—Bueno, da igual. Es normal que te guste eso con el padre que has tenido. —Le guiñó un ojo. —Te lo vas a pasar genial. Tienes que empezar a tomar la píldora.

—¡Soy su asistenta! No se va a costar conmigo. Lo hará con otras, pero conmigo no.

—¡Y cuando se entere de que eres virgen, se va a poner como loco! —dijo su madre emocionada—. Tienes que pedir cita con el médico de inmediato.

—¿No me escuchas? ¡Qué soy su asistenta! No se acostará conmigo.

—Tú haz lo que te diga y ya verás como cae.

Puso los ojos en blanco y su madre susurró —Pero no seas siempre perfecta. Provócalo de vez en cuando.

—¿Qué quieres decir?

Su madre sonrió porque por primera vez en su vida le pedía consejo sexual. —Los dominantes son unos perfeccionistas. Les gusta todo exactamente de una manera y si transgredes las reglas...

—Lo dices como si fuera un maltratador de esos de la tele.

—No confundas —dijo ofendida—. Un dominante nunca hará algo que tú no quieras. Es la regla básica.

Con unas deportivas en la mano se sentó sobre la cama. —¿Así que si no quiero hacer algo, él no se pasará de la raya?

—Puedes estar segura.

Estaba tan convencida, que Keira se sintió mucho más tranquila. Aunque volvió a pensar lo mismo de antes. Que con ella no se llegaría a acostar.

—Hazme caso. Necesitas la píldora.

Su madre iba a salir de la habitación. —Mamá... —Se volvió sonriendo. —Gracias.

—Hija, te voy a decir algo, aunque no me vas a hacer ni caso. No te enamores. Pásalo bien y disfruta, pero no te enamores. Ahí llegan los problemas.

Keira asintió dejando las zapatillas en la maleta. —Lo intentaré.

—¿Ves cómo tenías que haberme hecho caso y haber disfrutado más de la vida? Estarías preparada para él.

—Me da la sensación que nunca estaría preparada para él.

—¡Dios, debe ser un hombre impresionante!

Keira se echó a reír divertida mientras su madre la dejaba sola, pero perdió la risa cuando vio lo sosa que era su ropa interior. Exasperada la metió en la maleta, porque estaba casi convencida de que no se acostaría con él. Pero por si acaso se depilaría las axilas.

A la mañana siguiente el portero de noche le abrió la puerta del piso a las seis y veinte. Asintió mirando a su alrededor, pues no había descolocado demasiado. De hecho, los papeles de la mesa habían desaparecido. Fue hasta la cocina y entró en el cuarto de la lavadora para cambiarse. Abrió la maleta y sacó su bata azul con delantal blanco y se quitó las zapatillas de deporte para calzarse los zuecos blancos. Se recogió sus rizos en una cola alta y cerró la maleta de nuevo para que la ropa no quedara a la vista. Al ver ropa pendiente de lavado, se puso a ello y después de poner la máquina en marcha fue hasta la cocina. Se puso a cortar fruta e hizo zumo de naranja natural. Sacó el yogurt y dejó todo dispuesto para freírle unos huevos con beicon cuando se levantara. La cafetera no fue nada complicada, porque cuando se disponía a ver cómo funcionaba se puso automáticamente en marcha cuando el reloj marcó las siete de la mañana. Eso significaba que debía desayunar sobre las siete y media.

Mientras tanto se acercó al salón para hacer tiempo, deteniéndose en seco al ver salir del otro lado de la casa una rubia impresionante con un vestido rojo. —Buenos días.

—Buenos días, señora —susurró observándola ir hacia la puerta.

Eso le demostró claramente que no se acostaría con ella si tenía mujeres así para desahogarse. Desmoralizada se puso a limpiar el polvo y cuando escuchó pasos en el pasillo, se volvió con una sonrisa. David entraba en el salón con la chaqueta en la mano del traje gris que llevaba.

—Buenos días, señor.

Él dejó la chaqueta sobre el respaldo del sofá mirándola de arriba abajo. —Eso que llevas es lo peor que he visto en la vida. Pareces una muchacha del siglo dieciocho.

Se sonrojó porque era cierto que le quedaba algo largo, pero es que ella era bajita. Él fue hasta la cocina y ella le siguió. —Si quiere que lleve otro uniforme ...

—Por supuesto. —Se sentó en la mesa y ella le sirvió un café a toda prisa.

—Señor, ¿quiere leche y azúcar?

Cogiendo el periódico que ella había dejado al lado del mantelillo, negó con la cabeza. Empezó a comer la fruta sin mirarla siquiera y ella fue hacia la cocina para empezar a hacer el desayuno. De reojo miró la hora. Siete y veintitrés. Le puso los huevos con beicon delante y él siguió comiendo teniéndola de pie a su lado. Le sirvió más café y zumo. Cuando terminó se levantó de la mesa y dijo simplemente —No vendré a cenar.

—Señor...

Él se volvió como si fuera una molestia. —¿Cuál es mi habitación?

La volvió a mirar de arriba abajo y sonrió malicioso. —La que está entre la mía y el baño del pasillo.

Ella se puso como un tomate y asintió. —Bien, señor.

—Si necesitas comprar algo, hay dinero en la caja de madera de mi despacho. No toques nada más.

—Sí, señor. —Cogió su chaqueta y él levantó una ceja al ver que estaba dispuesta a ponérsela.

Llegaron al hall cuando David se acercó a uno de los aparadores y sacó unas llaves. —Si tienes que salir aquí tienes las llaves. —Sacó del cajón unos recibos de la tintorería. —Mis trajes.

—Sí, señor.

—Cuando llegue, no lo haré solo. —La miró intensamente. —¿Me has entendido?

—Sí.

—No te muevas de la cama.

—Sí, señor.

Él asintió y fue hasta la puerta saliendo de allí sin mirarla siquiera.

Keira apretó los labios y entrecerró los ojos volviendo a la cocina. La limpió mecánicamente. Y cuando terminó, relucía. Satisfecha fue hasta su maleta y atravesó toda la casa para buscar la habitación de David. No fue difícil de encontrar. La puerta estaba abierta y mostraba una cama de tres metros por tres que tenía las sábanas revueltas. Le sorprendió el cabecero de terciopelo verde oscuro. Se había imaginado barrotes y esposas para atarla a la cama, pero allí no encontró nada de eso. Igual se había imaginado que él era dominante. Se agachó al lado de la cama y allí no había nada, pero al levantar el colchón sonrió de oreja a oreja al ver unas correas de cuero que salían de las patas de la cama.

Contenta cogió su maleta volviendo al pasillo y abrió la puerta de al lado. Hizo una mueca, pues su habitación tenía buen tamaño y su cama era una cama matrimonial normal. Así que era el doble a lo que estaba acostumbrada. Colgó su ropa en el armario y colocó sus cosas en el pequeño baño que tenía. No había bañera, ni ducha, pero se conformaba. Tendría que ducharse en el baño del pasillo. No pasaba nada. Lo haría cuando David no estuviera.

Se pasó el día bastante entretenida porque le dio un repaso general a la casa, cambió las sábanas porque esa noche recibiría a otra seguramente y fue a por sus trajes a la tintorería. Cenó tranquilamente viendo la tele del salón, que tenía mil canales. Y cuando dieron las once fue hasta su habitación cerrando la puerta.

No tardó mucho en llegar. Echada en la cama, escuchó reír a la mujer que le acompañaba. —¿Champán? David, qué detallista.

—No he sido yo. Ha sido mi asistenta.

—Qué eficiente, pero no me apetece ahora.

—Lo mismo digo.

Escuchó como se acercaban por el pasillo y como ella gemía dejando caer algo al suelo. Keira apretó los labios al oír como la metía en la habitación. Fue una tortura saber que le estaba dando placer a otra mujer al otro lado de la pared y cerró los ojos con fuerza intentando no imaginárselos en la cama.

—Chúpamela.

A Keira le dio un vuelco el corazón y se sentó de golpe respirando agitadamente. Escuchó que algo

caía al suelo y se imaginó que eran sus pantalones. —Ahhh, cariño me vas a ahogar...

—¡Cállate!

—Me encanta que te pongas así. —Aquella estúpida soltó una risita y chilló riendo otra vez cuando él debió tirarla sobre la cama. Excitadísima escuchó como ella gemía por lo que su jefe le hacía y se mordió el labio inferior tapándose los oídos.

—¡Sí, sí! —gritó ella varias veces.

—¿Quieres que te folle?

—¡Sí!

A Keira le excitaron y le dolieron esas palabras a partes iguales y hasta sintió interiormente cuando entró en ella con fuerza torturándola una y otra vez hasta que la muy zorra se corrió gritando como una loca. Pero él no le dio tregua. Siguió así las tres horas siguientes hasta que Keira no lo soportó más y entró en el baño intentando huir de esa tortura.

Afortunadamente cuando abrió la puerta lentamente no escuchó nada y suspiró de alivio acercándose a la cama. Alguien la cogió por la melena y chilló asustada para ver a David ante ella totalmente desnudo.

—¿Qué estabas haciendo?

—Nada —susurró nerviosa. Olía a sexo y cerró los ojos rabiosa porque ese olor era de otra.

—Mírame, Keira. —Abrió los ojos lentamente y le miró en la penumbra de su habitación. Él susurró —No vuelvas a desobedecerme.

—Sí.

—Habla mañana.

Se estremeció al sentir su aliento sobre ella y miró sus labios sin darse cuenta.

—Ahora acuéstate. —Soltó su cabello y la observó meterse en la cama. Sin poder evitarlo le miró y sintió la boca seca al ver su cuerpo sudoroso a su lado. Incluso su miembro seguía erecto después de tanto tiempo practicando sexo. Tenía un cuerpo impresionante y se mordió el labio inferior sin poder quitarle la vista de encima.

—Buenas noches —susurró ella con las sábanas hasta el cuello.

Él se volvió sin contestar y salió de la habitación cerrando la puerta suavemente. Keira gimió de necesidad abrazando la almohada.

Capítulo 3

Durmió muy poco y cuando se levantó se puso el uniforme sintiéndose muy inquieta. Preparó el desayuno y esperó impaciente su llegada. Cuando entró en la cocina, le sirvió los huevos con beicon. — Buenos días, señor.

—Buenos días. —Abrió el periódico y ella se apretó las manos mirándole mientras comía. Le sirvió café de nuevo y regresó a su lado después de llevar la jarra a la cafetera.

Cuando terminó, cerró el periódico y se volvió en su silla. Keira se estremeció por su mirada y sus pechos se enderezaron de anticipación.

—¿Nos oíste anoche?

—Sí, señor.

—¿Te excitaste?

Estuvo a punto de mentir, pero supo que no serviría de nada. —Sí.

—Llámame David. —Los ojos de Keira brillaron de ilusión. —¿Por qué saliste de la cama como te ordené?

Parecía calmado, pero había algo en su interior que parecía a punto de estallar. —No me gustaba.

—¿Qué no te gustaba?

—Que se acostara con ella.

—¿Por qué? —Se levantó y la cogió por la barbilla para que lo mirara. —¿Qué pasa? ¿Te morías porque te lo hiciera a ti? —Sonrió malicioso. —Eso no va a pasar de momento.

—No es eso.

—Ah, ¿no? —En la cogió por la cintura elevándola y la sentó sobre la mesa. —Abre las piernas.

Abrió las piernas ligeramente y él sin dejar de mirarla a los ojos metió una mano entre sus piernas rompiéndole las bragas. Sobresaltada gritó y se sujetó sobre sus hombros, abriendo los ojos como platos cuando la acarició de arriba abajo suavemente con la yema de los dedos. —Estás empapada. —Ella gimió cuando acarició su clítoris. Con la mano libre le apretó ambas mejillas y siseó —No vuelvas a hacerlo. Harás lo que te diga cuando te lo diga y si me llevas la contraria, te irás de esta casa. Te follaré cuando yo quiera y no tienes derecho a reclamarme nada.

Con la respiración agitada dijo —Soy virgen.

Los ojos de David brillaron. —Nena, no tenías que haber dicho eso. —Acarició suavemente sus labios con los suyos y ella los abrió ansiosa sin darse cuenta. Él rió apartándose. —Sí que eres virgen. No sabes seducir a un hombre.

Se sonrojó intensamente intentando apartar la cara, pero él la retuvo. —Esta noche cenaré en casa. —Ella sintió que había ganado una batalla y su triunfo se reflejó en sus ojos. David sonrió malicioso. — Te enviaré algunas cosas para que te las pongas. Espero que cuando llegue me hayas hecho caso.

Se apartó de ella yendo hacia la puerta y sentada aun sobre la mesa gimió de necesidad por él.

Se pasó nerviosa todo el día por lo que le iba a enviar y cuando sonó el timbre de la puerta, corrió hacia ella abriéndola agitada. —¿Señorita Adkins?

—Sí, soy yo.

—Firme aquí.

Ella lo hizo a toda prisa para coger la caja blanca que el chico le tendía. —Oh, espera.

Corrió hacia el despacho y cogió diez dólares. Le entregó la propina antes de cerrar la puerta mirando la caja. Con las manos temblorosas de anticipación, levantó la tapa para ver un vestido de

servienta negro. Por su tamaño supo que le quedaría corto. A mitad de muslo más o menos. Las manguitas abombadas de estilo francés con encaje blanco eran una preciosidad.

Emocionada corrió a ducharse y se puso el vestido colocándose el mandilito blanco sobre la falda. Quedaban al descubierto casi todas sus piernas ¿Aquello tenían que vérselo sus amigos o familiares? Se miró al espejo y realmente no era un uniforme demasiado escandaloso. Sólo era corto, porque por lo demás era decente. En realidad, nunca había estado más guapa. El muy puñetero tenía gusto, eso no lo iba a negar. Entonces vio que en la caja quedaba algo y sonrió divertida al ver unas medias negras a mitad del muslo y unos zapatos de tacón. Ahora sí que era indecente.

Se levantó la faldita mirándose en el espejo y frunció el ceño al ver sus bragas de algodón. Sin cortarse se las quitó y bajó la falda levantando la barbilla. —¿Quieres jugar? Pues juguemos.

Se recogió los rizos, que increíblemente brillaban más de lo normal, en un recogido en la nuca, dejando varios rizos sueltos y se puso una cofia blanca. Casi se echa a reír cuando terminó y se sacó una foto enviándosela a su madre muerta de la risa.

Su madre le envió un WhatsApp dos segundos después que decía “Diviértete”

“Lo haré”

Se puso a hacer la cena y decidió demostrarle lo bien que cocinaba, así que le hizo carne mechada con patatas en su jugo con guisantes y zanahorias.

Cuando dieron las siete entró en el apartamento para verla subida a una escalera limpiando la lámpara del salón. Él se quitó la corbata dejando caer el maletín al suelo sin quitarle ojo. —Buenas noches, David.

Sin decir nada, él se acercó quitándose la chaqueta y se remangó las mangas. —Veo que te ha llegado mi regalo.

—Me gusta mucho, gracias.

—Ven a agradecérmelo como corresponde, Keira.

Sacando el trasero hacia atrás para que él viera que no llevaba ropa interior, bajó lentamente las escaleras y cuando llegó abajo, él sonreía como si hubiera hecho bien. —Gracias, me gusta mucho mi regalo.

La cogió por la cintura pegándola a él y sus manos bajaron hasta su trasero haciéndola jadear cuando levantó su falda y tocó sus nalgas desnudas. —Parece que eres una alumna aventajada.

—¿Estás contento conmigo? —Cerró los ojos de placer cuando la pegó a su cadera notando su sexo erecto.

—Mucho. Pero todavía te queda mucho por aprender. —La besó suavemente en los labios antes de lamer su labio inferior provocando que el fuego la recorriera de arriba abajo. —Ahora dame la cena.

—Ya está lista —dijo sin aliento yendo hasta la escalera para quitarla del medio.

—Deja ahí la escalera. Seguirás limpiando después.

Sonrió encantada y fue hasta la cocina.

David la siguió y se sentó a la mesa que ya estaba puesta. Incluso ya había puesto la cerveza sobre la mesa bien fría. Él bebió observándola y Keira sonrió sirviéndole la carne mechada en el plato. Cuando se lo puso delante, esperó a que lo probara deseando que le gustara. Él preguntó cortando la carne — ¿Qué tal el día?

—Pues he estado muy ocupada. Limpiando y planchando la ropa. —No era un día muy interesante, pero al fin y al cabo para eso estaba allí.

—¿No me digas? —Notaba la ironía en su voz, pero decidió ignorarlo.

—¿Y tú qué has hecho hoy?

—He ganado tres millones. —Apartó el tenedor y alargó la mano mientras masticaba. Keira se estremeció cuando le acarició el muslo.

—Vaya... eso sí que es impresionante —susurró mientras la mano subía por su muslo.

—Tengo hambre. —La cogió por detrás del muslo atrayéndola a él. Ni se dio cuenta que respiraba agitadamente por sus caricias. —Repito, tengo hambre.

Salió de su ensoñación y le miró a los ojos. —Oh...

—Sí, oh...

Keira cortó un pedazo de carne y le acercó el tenedor a la boca. Separó los labios viendo como le metía el tenedor en la boca y él masticó sin dejar de acariciarla. Arrastró la silla hacia atrás y la cogió por las caderas acercándola a sus piernas. Así que tuvo que abrir las suyas. David la sentó sobre él a horcajadas y se sintió expuesta al no llevar ropa interior. Cerró los ojos al sentir su sexo y la apretó a él antes de decir de nuevo. —Tengo hambre.

Se volvió como pudo para pinchar algo más e impaciente se lo puso en la boca esperando que siguiera tocándola. Segundos después mientras masticaba, le acarició los glúteos.

—Así que eres virgen —dijo con voz ronca deteniéndose en cuanto tragó.

—Mmm...—No tenía palabras y se giró para pinchar de nuevo el tenedor cuando él tocó su clítoris con el pulgar sobresaltándola y provocando que se le cayera el tenedor sobre el plato.

—Tengo hambre todavía, Keira. —Su voz ronca la volvió loca y apoyándose en sus tacones movió la cadera sobre él sin darse cuenta. David la sujetó por las nalgas deteniéndola. —No, no. Hasta que no hagas tu trabajo...

Cogió el tenedor a toda prisa haciéndole reír y cogió el plato para no tener que darse la vuelta. Empezó de nuevo y en cuanto se puso a masticar la acarició de nuevo.

Divertido vio que pinchaba en el tenedor toda la comida que podía y se lo ponía ante los labios que se mantenían cerrados. Acarició sus muslos de arriba abajo y Keira protestó queriendo más. Sus manos subieron lentamente y se metió el tenedor en la boca llegando hasta sus ingles sin dejar de mirarla a los ojos. El corazón le iba a mil por hora sintiendo que estaba al borde del orgasmo y cuando apretó sus labios entre sus pulgares se estremeció con fuerza gimiendo de placer, en un orgasmo tan intenso que la estremeció sobre su cuerpo.

—Eso no se hace, nena. —Él cogió su plato de la mano y el tenedor mientras todavía se recuperaba sin darse cuenta que la mitad de la comida había caído al suelo. —Ahora voy a tener que castigarte. —La cogió por las caderas levantándola con él y la sacó de la cocina. Keira se sujetó en sus hombros sin dejar de mirarle a los ojos. —No puedes correrte cuando te da la gana, preciosa. Yo decidí cuando tienes que hacerlo.

—¿De verdad?

—Como no te lo había dicho, el castigo no será muy severo. —La tumbó sobre la cama y le abrió las piernas apoyándoselas en los talones. —Estás muy mojada. Vas a manchar tu vestido nuevo.

Sus ojos verdes brillaron de anticipación y David sonrió abriéndole más aun las piernas. —¿Sabes lo que ve la gente normalmente en esos cuadros? —Ella no podía ni responder porque le vio agachar la cabeza entre sus piernas y arqueó la espalda sin poder evitarlo. —Ven líneas, nena. Pero la gente como nosotros vemos lo que realmente está pintado en ellos. —Su aliento sobre su sexo la hizo temblar como una hoja. —Es interesante que una virgen vea eso en un cuadro. Me demuestra que eres una niña muy mala. —Gimió al sentir su aliento más cerca y chilló cuando tiró de su vello—Esto tiene que desaparecer. No me gusta. Pero te lo quitaré yo mismo.

—¡Dios! —gimió ella retorciéndose.

—Como te corras, tendré que ser más duro contigo y puede que me enfade —dijo muy serio antes de darle una palmadita sobre el clítoris que la hizo botar sobre la cama.

La sensación fue tan placentera que le robó el aliento. Él acarició sus labios y susurró —Es increíble que con veinticinco años seas virgen. —La acarició con la lengua de arriba abajo haciéndola gritar. —Mmm, qué bien sabes. Eres el postre perfecto.

Totalmente tensa cogió las sábanas entre sus puños intentando por todos los medios no alcanzar el

clímax mientras él la saboreaba. Abrió los ojos como platos cuando su lengua llegó a su ano. —¿Sabes por qué eres virgen, nena? Porque nunca te has excitado con un hombre. Y es que tú eres especial, preciosa. Necesitas a un hombre que te entienda.

Otra palmadita en su sexo la hizo gritar de placer. No podía haber algo más maravilloso que lo que él le hacía. Sus ojos se llenaron de lágrimas sin darse cuenta por la necesidad de más y él se apartó sonriendo. —Lo has hecho muy bien. —La cogió por la cintura sentándola en la cama y la besó suavemente en los labios. —Ahora vete a recoger la cocina.

Atónita porque la dejara así, se le quedó mirando. —Pero...

—Vete a hacer tu trabajo, Keira —dijo muy serio.

Temblando todavía de pura frustración, se levantó de la cama y se apretó las manos ante de ir hacia la puerta. —Y no se te ocurra tocarte. Como te pille, el castigo será diez veces peor.

El corazón tardó unos minutos en volver a la normalidad y cuando se puso a recoger la cocina pensó si aquello era normal. Estaba claro que le gustaba ponerla al borde para después dejarla con la miel en los labios, pero Keira no sabía si era capaz de soportarlo.

Después de terminar la cocina, gimió al ver la escalera en medio del salón. Pero David estaba en el salón con la televisión encendida, así que tenía que limpiar la lámpara. Subió los escalones y levantó el brazo para limpiar las placas de cristal. Veinte minutos después casi había terminado y se apoyó en el último escalón para empezar a bajar cuando sintió las manos de David levantándole la falda para dejar su trasero al descubierto. Keira abrió los ojos como platos cuando mordisqueó sus nalgas. Se sujetó a la escalera con fuerza jadeando y cuando él la cogió por la cintura, se echó a reír por lo bajo al ver que se llevaba con ella la escalera sin darse cuenta.

—Nena, suelta la escalera. —La soltó dejándola caer al suelo con un gran estrepito. —Vaya, eres un desastre.

—¿Lo soy?

—Ya lo solucionaré.

La puso sobre el suelo y le dijo —Desnúdate, quiero acostarme.

Al ver los enormes ventanales se sonrojó, pero como no la veía nadie excepto él, se quitó la cofia tirándola al suelo. Él se alejó un par de pasos y vio cómo se quitaba el delantal. Llevó su mano debajo de su axila y bajó la cremallera de su vestido, cogiéndolo por el bajo y sacandoselo por la cabeza. Él frunció el ceño al ver su sujetador de algodón blanco. —Quiero que quemes eso.

—Sí, David.

Llevó las manos a la espalda y se mordió el labio inferior quitándose el sujetador hasta que cayó al suelo al lado de su ropa. David la rodeó y nunca en su vida se sintió tan expuesta como en ese momento. Sabía que su cuerpo no era perfecto y buscó su aprobación en su mirada, pero él no mostraba nada. —Ponte de rodillas.

Sólo vestida con las medias a mitad del muslo y los zapatos de tacón, se arrodilló lentamente. —Vamos a ver cómo la chupas. ¿Lo has hecho antes?

Levantó la cara hacia él y susurró —No.

Los ojos de su jefe brillaron. —Va a ser interesante —dijo con aburrimiento abriendo el cinturón. Se desabrochó el pantalón ante ella sacando su miembro erecto ante su cara—. Dame tu mano.

Su mano cogió su miembro lentamente y él cerró los ojos colocando su gran mano sobre la suya. —Eso es, suavemente.

Fascinada por su suavidad, le acarició de arriba abajo y él miró hacia abajo. —Saca la lengua... —Gimió tensándose cuando ella abrió la boca y le acarició la cabeza de su miembro con la lengua, probando su sabor. Le gustó y volvió a hacerlo sin que él le indicara nada, metiéndose la cabeza en la boca y chupando ligeramente. La respiración de David se alteró y Keira le miró a los ojos, metiéndose la mitad de su miembro en la boca. Él atrapó sus rizos reteniendo su cabeza y gruñó metiéndole su sexo más

adentro hasta que tocó el final de su boca. —Trágala toda —dijo él empezando a mover las caderas contra su boca cada vez con más fuerza, hasta que se detuvo con ella al final casi cortándole la respiración. David gimió de placer y ella se apoyó en sus caderas intentando alejarle. Cuando se apartó, Keira tosió atragantada con su propia saliva, pero David la cogió por la barbilla para que lo mirara. Parecía divertido. —Relaja la garganta, nena. Todavía no entra toda.

Excitadísima cogió su miembro acariciandoselo más rápido y sin que él dijera nada, se la metió hasta el final pegando su labio inferior a sus testículos. David gimió de placer y cuando ella se separó para respirar, la cogió por la cabeza bombeando en su boca con más rapidez. —Me voy a correr. —Ella abrió los ojos como platos por el aviso. —Trágate todo, nena. No dejes nada.

Él gimió pegando su cara a su cuerpo y cuando sintió el chorro en su boca por poco se atraganta. David salió un poco, justo antes de entrar de nuevo estremeciéndose. Su sabor la volvió loca de deseo y chupó con ganas. Con la respiración jadeante David miró hacia abajo y sonrió. —Muy bien. Déjala bien limpia.

Levantando sus ojos Keira asintió antes de sacársela de la boca acariciando la punta con la lengua.

David dijo —Buena chica —. Se agachó para subirse los pantalones y susurró mirándole a la cara —Ahora a dormir.

Indignada sintió su suave beso en los labios antes de que se alejara hacia el pasillo. ¿Qué demonios estaba pasando allí? ¿Acaso ella nunca iba a recibir nada? Furiosa se levantó cogiendo su ropa. ¡Y encima si tenía un orgasmo sin querer, la castigaba! ¡Aquello era el colmo!

Furiosa fue hasta su habitación tirando la ropa sobre la cama. Fue hasta el baño del pasillo y abrió el agua para darse un baño. No tenía ni idea que se podía excitar de esa manera y sentía una necesidad de correrse que la estaba volviendo loca.

Se quitó las medias y se metió en el agua intentando relajarse. Entonces vio la alcachofa de la ducha y miró hacia la puerta. ¿Qué podía hacer si la pillaba masturbándose? ¿Dejarla con las ganas?

Cogió la alcachofa girando la llave que estaba bajo el grifo y metió la alcachofa bajo el agua para no hacer demasiado ruido. Se recostó hacia atrás y sonrió cuando acercó el chorro a su vientre. Abrió las piernas y se estremeció cuando la potencia del agua acarició su clítoris hinchado. Fue tan placentero que lo repitió y lo repitió una y otra vez hasta que estaba al borde del orgasmo totalmente tensa.

—¿Qué haces, Keira?

Gritó del susto y miró hacia la puerta totalmente sonrojada. David estaba desnudo mirándola con el ceño fruncido. —Nada.

—No me mientas. —Cabreado se acercó al grifo y cerró el agua. —Sal de la bañera.

—Pero...

—¡Sal de la bañera! —le gritó furioso.

Impotente se levantó sujetándose en los laterales y David la cogió por la cintura sacándola a toda prisa dejándola en el suelo. —No te quedó claro antes, ¿verdad? —dijo fríamente—. No te preocupes, que después de esta noche vas a saber lo que quiero decir.

La cogió por el brazo sacándola del baño para meterla en la habitación y tirarla a la cama. Nerviosa vio como sacaba las tiras de cuero de las esquinas de la cama. —Boca abajo.

Tembló de miedo y excitación a partes iguales. —¿Por qué?

—Porque lo digo yo. —Le cogió el tobillo girándola de golpe hacia abajo y gimió cuando ató su tobillo a la cama.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo descubrirás enseguida. No te apresures. —Después de atar su otro tobillo cogió su muñeca derecha e hizo lo mismo. —Nena, sólo tenías que seguir las reglas.

—¿Qué reglas?

—¡Las mías! —El azote en el trasero la sobresaltó y asustada se hizo daño en las muñecas al tirar de

su agarre. David la miró desde al lado de la mesilla de noche y cuando abrió el primer cajón, se estremeció al ver que sacaba de la mesilla un tubo de gel y algo que parecía un globo.

—¿Qué es eso?

—Te voy a follar. ¿No era lo que querías? —Se arrodilló a su lado y la miró malicioso. —Pero igual no te follo por donde esperabas. —Al darse cuenta de lo que quería decir, abrió los ojos como platos. —Exacto.

—¡No!

Él la cogió por los rizos levantando su cabeza todo lo que podía. —No me digas que no, nena. Si no quieres que haga algo nunca digas que no. Si quieres que lo deje sólo tienes que decir café. ¿De acuerdo?

—Sí. Café, café.

David apretó las mandíbulas. —Si te suelto ahora, saldrás de esta casa para siempre. —Keira tembló de miedo. Miedo por perderle para siempre y no verlo nunca más. Miedo a no sentirse tan viva como en ese instante en el resto de su vida. —Tú decides.

Keira se quedó mirándole en silencio y David sonrió soltando su cabello. —Lo sabía en cuanto te vi entrar por la puerta. —El azote en su trasero la hizo cerrar los ojos de placer. —Me necesitas más a mí que yo a ti. Quieres saber exactamente hasta donde llegas, ¿verdad? Nena, te voy a enseñar hasta donde llevo yo. A ver si puedes seguir mi ritmo.

Mareada por sus palabras, sintió como caía en su trasero lo que se suponía que era aceite. Gimió cuando él acarició sus nalgas amasándolas. Cogió una almohada y levantándole la cintura, se la colocó debajo elevándole el trasero. —Tienes un culo precioso. Desde que te vi, me imaginé metiéndote la polla hasta hacerte gritar como una loca. Es una verdadera sorpresa ver que nadie lo haya probado nunca.

Sus dedos acariciaron sus pliegues hasta llegar a su ano y Keira gimió estremecida, loca por librarse de la tensión que sentía en su vientre. —Estás a punto de correrte y casi no te he tocado. —Le dio otro cachete y su dedo entró en su ano suavemente gracias al aceite. Ella gimió por la intrusión. —¿Te duele? No te preocupes, enseguida se pasará. —Echó más aceite y movió su dedo dentro de ella hasta que entró del todo. Keira se quedó sin aliento. —Ya empiezas a notar lo, ¿verdad? —dijo cerca de su oído—. Cuando sientas mi polla dentro de ti, te va a encantar. Te lo aseguro.

Apretó las cintas de cuero entre sus manos con fuerza, mientras él entraba y salía de ella una y otra vez. —Esto te va a doler un poco.

Gimió al sentir que introducía en ella algo alargado y fino. No era desagradable, pero entonces aquella cosa se empezó a hinchar en su interior y gritó intentando soltarse. Él la sujetó por los glúteos. —Tranquila, nena. Tienes que tener el tamaño adecuado para mi polla. Soy grande.

—¡No, por favor! —gritó cerrando los ojos con fuerza.

—Ya está —susurró en su oído antes de besárselo con ternura. Siguió besándola por el cuello y la presión fue disminuyendo poco a poco mientras él lamía su columna vertebral hasta llegar a sus nalgas, que mordisqueó una y otra vez torturándola. Cuando la escuchó gemir de necesidad dijo —Tus curvas me vuelven loco, nena. —Le acarició las piernas por el interior de los muslos y Keira gritó cuando acarició sus húmedos pliegues una y otra vez hasta que consiguió llevarla al límite. —Es increíble lo rápido que te excitas.

—Por favor... —Tiró de las correas buscando la liberación y movió sus caderas contra su mano sin poder evitarlo.

—¿Quieres correrte? —Parecía divertido. —Nena, esto es un castigo. Si te corres no tendría gracia, ¿no crees?

Chilló de frustración y él le dio una palmada en el trasero. —¿Te estás revelando? Todavía queda mucha noche por delante.

—¡Serás cabrón! —siseó furiosa tirando de las correas.

—De eso ya hablaremos otro día. —Parecía a punto de echarse a reír y removió lo que había

introducido en su ano adelante y atrás con suavidad. Keira apretó los dientes sintiendo placer y dolor, hecho que la sorprendió. Pero gritó de frustración cuando lo sacó de ella. —Nena, estás lista.

Expectante miró hacia atrás como pudo y le vio arrodillarse entre sus piernas levantando sus caderas con las manos. David sonrió y acarició con su miembro su humedad haciéndola arquear la espalda de placer. —Tu olor me excita tanto que te follaría día y noche —dijo acariciando sus nalgas—. Y lo haré. —Keira abrió los ojos mirando el cabecero y gimió al sentir como entraba en ella lentamente. La respiración agitada de David llegó hasta ella demostrándole que también estaba muy excitado, lo que para Keira fue algo maravilloso. Sabía que aunque fuera en ese único momento, él la necesitaba y eso la excitó cien veces más que cualquier otra cosa. Sin darse cuenta empujó su trasero hacia atrás y David entró en ella hasta el fondo. Acarició su espalda y pegándose a ella bajó las manos hasta abarcar sus pechos. —No puedes correrte hasta que yo lo diga —susurró—. Repítelo.

Casi no podía ni respirar, pero fue capaz de decir —No puedo correrme hasta ... —Tomó aire. —Que tú lo digas.

Él sonrió y le lamió el lóbulo de la oreja hasta que Keira gimió volviendo su cara deseando que la besara. David se apartó y al enderezarse su miembro salió de ella haciéndola gritar de placer. Él puso sus manos en sus caderas y entró de nuevo con fuerza robándole el sentido. Ya no era capaz de tener un pensamiento que no tuviera que ver con el placer que sentía en ese momento. David gruñó apretando las caderas y aceleró el ritmo una y otra vez. Keira sintió que cada fibra de su ser se tensaba con fuerza y David dijo —Ahora, nena. Córrete conmigo.

La liberación fue tan fuerte, que arqueó todo su cuerpo gritando de placer mientras David se estremecía tras ella apretando sus glúteos.

Jadeante y sudorosa con la cabeza vuelta hacia la mesilla, sintió como salía de ella mientras la acariciaba. La besó suavemente en el trasero y la desató sin prisa, cogiéndola en brazos para tumbarla boca arriba. Se tumbó sobre ella y le apartó sus rizos húmedos de la cara. —Lo has hecho muy bien, preciosa.

Keira sonrió agotada y él la cogió por la barbilla acariciando su labio inferior con la lengua. —Eres como una muñequita, ¿lo sabías?

—¿De verdad?

La miró fijamente a los ojos. —Yo no comparto mis juguetes hasta que no me canso de ellos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí —susurró asustada porque se cansara de ella en algún momento porque Keira ya estaba enamorada de él.

—Ahora vete a tu cama. —Se apartó tumbándose a su lado y volvió la vista hacia él sin moverse. —Yo duermo solo. —Se sentó haciendo una mueca cuando sintió una molestia en el trasero. —Se te pasará. —Se sonrojó porque parecía que sabía todo lo que se le pasaba por la cabeza y se levantó lentamente. —Por esta noche te dejaré tranquila, pero no volverá a pasar. —Puso el brazo bajo la cabeza observándola y ella que no quería irse, le miró de arriba abajo sintiendo que la excitación volvía. —Buenas noche, Keira.

—Si...

Se volvió hacia la puerta. —Nena, espero que tomes algo para evitar que tengamos problemas en el futuro.

—¿Y los otros problemas?

—¿Acaso crees que soy estúpido? Siempre uso preservativo. —Sonrió malicioso. —Pero contigo no tengo que hacerlo, ¿verdad?

—No, conmigo no tienes que hacerlo.

—Empieza a tomar la píldora. Tendrás un hijo cuando yo quiera y ahora no quiero.

Esas palabras le robaron el corazón definitivamente. Todavía atónita salió de la habitación con las

piernas temblorosas. ¿Qué había querido decir? ¿Qué en el futuro querría tener un hijo con ella? Ilusionada se sentó en su cama. Igual podían llegar a tener un futuro juntos. Todavía en una nube se tumbó en la cama. Claro que aún era muy pronto. Se acababan de conocer, pero que hubiera dicho eso indicaba que la posibilidad se le había pasado por la cabeza.

Sonriendo y más relajada que en toda su vida se quedó dormida.

Capítulo 4

Un azote en el trasero la sobresaltó y miró sobre su hombro para ver a David vestido con un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata roja mirándola furioso. —Son las siete y media.

Jadeó saliendo de la cama de un salto. —¿De verdad? —Corrió desnuda hasta el salón. —Ahora te hago el desayuno.

—¡No! —gritó él muy enfadado cogiendo su maletín—. Desayunaré fuera. —Salió de casa dando un portazo y preocupada se pasó las manos por la cara. Buena la había hecho.

Tan preocupada estaba por la situación, que llamó a su madre para que le dijera qué hacer pues era la única persona que conocía que tenía experiencia en esas cosas.

—¿Mamá? —Vestida ya de uniforme se sentó en el sofá levantándose de inmediato al sentir frío en las nalgas.

—Habla —dijo en un susurro lo que indicaba que sus jefes estaban en casa.

—Tengo que hablar contigo.

—Salgo a hacer la compra en media hora.

—Te veo en el portal.

Colgó a toda prisa y corrió a su habitación poniéndose unos vaqueros y una camiseta. Ni se molestó en ponerse la ropa interior se recogió los rizados en una cola alta y cogió su bolso saliendo a toda prisa de la casa.

Cuando llegó al portal donde trabajaba su madre, ella ya estaba allí ligando con el de mantenimiento. Y parecía que no le iba mal porque el hombre sonreía encantado.

—Mamá.

—Oh, mira Henry, ella es mi hija Keira.

El hombre miró sus pechos antes de mirar sus ojos y sonrió embobado. —Al parecer la belleza es cosa de familia.

Su madre se echó a reír dándole un golpecito en el pecho para llamar su atención. —Serás conquistador.

Henry hinchó el pecho encantado y Keira cogió a su madre del brazo. —Disculpa Henry, tengo prisa.

—Claro. Pásate por aquí cuando quieras.

Cuando se alejaron su madre la miró satisfecha. —¡Por fin! ¡Ya no tienes esa cara de vinagre! ¿Te lo has pasado bien?

—Vamos a tomar un café, que aún estoy sin desayunar de los nervios.

—Mmm, eso significa que ha ido muy bien.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque si no ya estarías llorando por las esquinas.

Se sentaron en una cafetería y ella pidió un café con un bollo. —Hija, deberías cuidarte un poco.

—Le gustan mis curvas. —Maliciosa mordió el bollo con ganas y su madre sonrió de oreja a oreja.

—¿Ves cómo eso no era importante? Pero tampoco te pongas como yo. Así estás muy bien.

—Tranquila —dijo con la boca llena.

—Venga, suéltalo. —Bebió de su café—¿Cómo es en la cama?

—Mamá, no te voy a contar eso.

—Debe ser increíble.

—Lo es.

Su madre se echó a reír y después de beber sin quitarle la vista de encima suspiró como si estuviera

recordando tiempos mejores. —Me recuerdas a mí hace veintiséis años.

—¿Y hace veintiséis años te quedaste dormida y no le pusiste el desayuno? Porque es lo que me ha pasado a mí esta mañana y no veas el cabreo que tenía.

—Uy, uy, uy. Cuéntamelo todo. —Al ver que iba a protestar la interrumpió. —No hace falta que entres en detalles. Dame una visión general.

Después de veinte minutos ya le había contado todo lo que había ocurrido desde el primer día en su entrevista. Cuando terminó tomó aire. —¿Qué opinas?

—Que te prepares para cuando llegue a casa.

Gimió tapándose la cara. —No sé qué paso. ¡No sonó el despertador! —Levantó la cabeza. —¿Se habrá ido la luz durante la noche?

—¿Y qué más da? ¡Te dará una buena ración de sexo torturándote un poco y ya está! A mí no me preocupa eso.

—¿No me echará?

—¿Estás de coña? Tiene a una amante sumisa en casa. Hasta que no se canse de ti y no se ha cansado, eso te lo aseguro, buscará todas las excusas que se le ocurran para castigarte. Ya me entiendes.

Keira asintió. —No me echará.

—Que no. Pero como ya he pasado por esto y sé algo del tema, te aconsejo que no dejes de tomar la píldora. —La miró fijamente a los ojos. —Puede que David no sea como tu padre y él sí se haga cargo, pero mira como he acabado yo. No quiero que dentro de dos años te veas en la calle con un bebé y con el corazón destrozado. ¿Me has entendido?

—Mamá...

—Hija, no tienes que decirlo. Se te ve en los ojos que ya estás loca por él. Y dentro de seis meses lo verás todo de color de rosa cuando él te diga que quiere que le des un hijo. Serás la mujer más feliz del mundo porque crees que te ama y antes de que te des cuenta él empezará a perder el interés por ti y se acostará con otras.

—Puede que no deje de acostarse con otras.

—Puede que no. Pero ahora eres una novedad y está entretenido. En unas semanas o meses ...

Keira apretó los labios. —¿Conoces a alguien ...

—¿A la que le haya ido bien? —Su madre apartó la vista para mirar por el escaparate. —Hija, pasamos de uno a otro. Esa es nuestra vida. Intentamos encontrar otro hombre que nos satisfaga, pero raramente lo conseguimos. —Volvió a mirarla. —Si encuentras un hombre después de un tiempo puede que te comparta o te regale.

A Keira se le cortó el aliento. —¿Te comparta? ¿Qué?

—Con un amigo con sus mismos gustos.

—Dios mío. —Apretó la servilleta que tenía entre las manos y su madre la cogió de la mano.

—Hija, supe desde hace años que eras como yo. Como tu padre. Pero no me gustaría que terminaras como yo.

—Pensaba que eras feliz.

—¡Y lo soy! Hago lo que quiero cuando quiero, pero tú no eres como yo. —La miró a los ojos preocupada. —Tú quieres amar a tu marido y tener hijos. —Le apretó la mano. —Tienes que ser más lista que él.

—¿Qué quieres decir?

—Ni se imagina quién eres. Sabe que tienes esas tendencias, pero no sabe que yo sé lo que va a suceder y... Voy a darte algo que nunca pensé que haría y así estarás preparada. —Levantó la mano para llamar a la camarera. —¿Me dejas un bolígrafo?

Su madre rápidamente escribió un número de teléfono en una servilleta. —Llama a tu padre.

La miró con horror. —¿Qué?

—Habla con él. Es lo mejor que puedo hacer por ti.

—¡No quiero hablar con él! ¡Te abandonó! ¡Nos abandonó a las dos!

—¿Quieres ser feliz? ¿Quieres ir un paso por delante de él? Llama a tu padre. —Su madre se levantó y le dio un beso en la sien. —Hazme caso, hija. Garrett sabrá qué tienes que hacer.

Su madre la dejó sola y miró el teléfono que había escrito en la servilleta. Pensando en ello pago la cuenta y salió de la cafetería para volver al apartamento. De la que iba hacia el metro se decidió y sacó su móvil marcando antes de arrepentirse. Odiaba lo que iba a hacer, pero no podía perder a David, aunque esa posibilidad fuera aún lejana. Se puso el teléfono al oído y esperó escuchando los tonos.

—Garrett Hobson.

—Keira Adkins. —Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —Veo que sabes quién soy. Necesito hablar contigo.

—Si necesitas dinero te haré una transferencia, pero no quiero verte.

Keira apretó los dientes con ganas de gritarle cuatro cosas. —No necesito dinero, pero sí tus consejos. —Y sabiendo que era lo que necesitaba decir a un dominante susurró —Por favor.

—¿Cuándo?

—Ahora. Tiene que ser ahora. —Sabía que si esperaba más tiempo no se presentaría.

—Te espero en el Plaza en una hora. En el bar.

—Gracias. —Furiosa apretó el teléfono porque ya había colgado.

Fue hacia el Hotel Plaza y sabiendo que no llevaba la ropa adecuada para aquel sitio tan lujoso, se sentó en un lugar lo más oculto posible. Apenas veinte minutos después de llegar y con una Coca-Cola delante vio entrar a su padre en el bar mirando a su alrededor. Disgustada vio que no había cambiado mucho de las fotos que aún conservaba su madre. Era más mayor, por supuesto, y su cabello ya tenía canas en las sienes, pero seguía teniendo porte y elegancia. La vio en la esquina y sonrió irónico antes de acercarse. Sentándose mientras abría la chaqueta de su traje gris dijo —Hija, deberías cuidar un poco tu aspecto.

—Sin embargo tú estás genial.

Eso le encantó. Pudo verlo en sus ojos verdes. Los mismos que había heredado ella, que se oscurecieron de rabia. Su padre se echó a reír y ladeó la cabeza mirándola bien. —Tienes algo de los dos, ¿verdad? Puedo verlo en tus ojos.

—¿Vamos al grano?

Él levantó la mano para que el camarero se acercara y pidió —Un bourbon con hielo.

—Sí, señor Hobson.

Su padre colocó los antebrazos sobre la mesa. —Bien, ¿qué es lo que ocurre? ¿Tu madre está bien?

—Como si te importara. Esto no tiene que ver con mamá.

—Explícate por favor.

Se sonrojó por tener que contar a ese hombre sus intimidades, pero no tenía más remedio, así que empezó. —Tengo una relación...

Su padre tomó aire. —¿Del tipo que me imagino?

—Te aseguro que no la busqué. Simplemente me llamaron de un trabajo.

—¿Qué pasa? ¿Se le ha ido la mano? —Estaba muy tenso y ni miró al camarero que le sirvió el bourbon.

—¡No! —Sonrojada miró a su alrededor. —Acabamos de empezar y mamá ... —Se miraron a los ojos. —No quiere que acabe como ella.

Garrett apretó los labios y miró su vaso. —Dios, ¿se repite la historia?

—Le quiero. —Su padre le miró a los ojos. —No quiero que el día de mañana me diga que tengo que dejar de tomar la píldora para después verme sola con un hijo. ¿Quieres tú eso para mí?

—Las sumisas llega un momento que aburren. Es así de simple. Nunca engañé a tu madre. Siempre

fui sincero con lo que no sentía por ella, pero pensó que dándome un hijo yo cambiaría de parecer. No fui yo el que le dije que dejara la píldora, pero aun así la cuidé hasta que no pude más.

—Dos puntos de vista bien distintos.

—Me da igual lo que diga tu madre. Es cierto que no he intentado verte nunca, pero tenía una razón.

—¿Qué razón puede haber para no ver a un hijo?

—No quería hacer más daño a tu madre. —A Keira se le cortó el aliento.

—No quiero aburrirle. Quiero que me necesite.

—No lo entiendes. Los hombres dominantes no necesitamos a nadie. Si algunos tienen pareja, es simplemente porque se complementan y esas mujeres no meten la nariz donde no les importa.

—¿Me estás diciendo que nunca se enamorará de mí?

Su padre apretó los labios. —Tampoco digo eso. No sé si es dominante. ¿Estás segura?

Keira se apretó las manos. —No lo sé. Es la primera vez que hago esto.

—¿Cómo se llama? Puede que lo conozca.

—¿Qué lo conocas?

Su padre sonrió de medio lado. —No es raro que nos conozcamos, ¿sabes? Hay clubs ...

—Oh, Dios.

—¿Su nombre?

Ella nerviosa miró a su alrededor y susurró —David Clarkson.

—Me tomas el pelo. —Parecía atónito.

—¿Qué?

—¿Eres la criada de David Clarkson?

—Sí.

Su padre negó con la cabeza mirando a su alrededor y entonces se echó a reír. —Increíble.

—No tiene gracia. Yo sólo iba a limpiar y...

—¿Cuánto llevas trabajando para él?

—Este es mi tercer día.

—¿El tercer día? ¿Y ya se ha acostado contigo?

—Sí, ¿por qué?

—Yo tardé dos meses en instruir a tu madre antes de darle su recompensa.

—Me das asco.

Su padre se echó a reír. —Pero tu David te encanta, ¿verdad? —Se acercó a ella por encima de la mesa. —¿Sabes una cosa? Tu David es un tipo muy especial. Y le gustas mucho.

A Keira se le cortó el aliento. —¿Cómo lo sabes?

—Le conozco. Somos socios de cierto club liberal que tiene entretenimientos para hombres como nosotros. Muchos llevan a sus sumisas para compartirlas, pero él no. Nunca ha llevado ninguna. Sólo participa si le invitan, pero nunca nos ha llevado un regalo. Es muy egoísta en ese aspecto.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que es posesivo. No le gusta compartir lo que es suyo.

—Eso ya me lo ha dicho.

Garrett bebió de su copa satisfecho. —Puede que tengas una oportunidad.

—¡Dime que tengo que hacer de una maldita vez!

Varios les miraron, pero su padre no le dio importancia. —Tienes parte de mí y parte de mi sumisa en tu interior. Sólo tienes que dejar que salgan ambas partes en el momento adecuado. Revélate cuando conviene y no digas sí a todo. —Su padre puso los ojos en blanco. —No hay nada que más nos joda que después de un tiempo todo sea sí amo.

—Tengo que provocarle.

Su padre sonrió. —Lo vas entendiendo. Pero con él nunca rebases la línea. Nunca te acuestes con

otro sin su permiso, porque entonces te desechará. —Se acercó a ella. —Y si algún día dice que quiere que le des un hijo...

—¿Qué?

—Llora, grita, patalea, pero no le digas que sí.

—No lo entiendo.

—Se convertirá en su obsesión y hará lo que haga falta para doblegarte. Ahí empezará tu lucha, porque tienes que negarte y soportar los castigos.

—¿Se casará conmigo? ¿Me querrá? Quiero que me ame.

—¿Amor? Puede que llegue a un compromiso contigo para que aceptes si eres lo suficientemente lista. —Su padre sonrió irónico. —Y lo eres. Sino no me habrías llamado. Dale lo que necesita y puede que te convierta en su pareja, pero tendrás que aprender que en ciertas ocasiones no serás suficiente.

Ella levantó la barbilla. —Lo seré. Seré todo lo que necesita.

Su padre se levantó dejando cien dólares sobre la mesa. —Hija, debes aprender que la vida suele dar sorpresas. Si se pasa de la raya llámame —dijo tensándose de repente—. No tengo noticias de ese tipo sobre él. Pero nunca se sabe.

Ella asintió y le vio alejarse de la mesa. Increíblemente después de esa conversación se sentía más tranquila. El hecho de que David no compartiera a sus mujeres la alivió bastante. Aunque su padre dijo que no lo hacía en el club, eso no significaba que no lo hiciera, pero algo era algo.

De camino a casa compró cosas que necesitaba y preguntó en una farmacia que tenía que hacer para tomar la píldora. La farmacéutica le hizo algunas preguntas sobre su salud y le vendió unas. —No digas esto a nadie porque me metes en un lío.

—Tranquila. Iré al médico para asegurarme.

La mujer sonrió. —Dile que una amiga toma esta marca y que le va bien.

—Gracias.

—Tómala siempre a la misma hora para que no metas la pata.

Sonriendo salió con las bolsas en la mano y pidió cita para el día siguiente a las cuatro con su médico de cabecera.

Cuando metió la llave en la cerradura se sorprendió al abrirse la puerta de golpe. David estaba ante ella en mangas de camisa y siseó —Pasa.

Ella entró en casa y fue hacia la cocina para dejar las cosas con él detrás. Nerviosa abrió la nevera. —¿Dónde has estado?

—De compras.

—¿Y para comprar se necesitan cuatro horas? —Se mordió el labio inferior. —¡Ni siquiera has hecho la cama! —gritó furioso—¿Dónde has estado?

—He ido a ver a mi madre. —Él entrecerró los ojos. —Y a mi padre.

—¿A tu padre? ¿Tienes padre? ¡Vivías con tu madre!

—Eso no significa que no tenga padre.

—¿Y le ves en el Plaza?

Se quedó con la boca abierta. —¿Nos has visto?

—¡Sí! ¡Y por eso sé que me estás mintiendo! —La cogió por el brazo tirando de ella hacia el salón.

—La nata. Tengo que guardarla.

La llevó hasta el sofá y la sentó. Tomando aire como si se intentara calmar dijo fríamente —¿De qué conoces a Garrett Hobson?

—Es mi padre.

—¡No me mientas, Keira! ¡Sé de sobra que no tiene hijos!

Consideró que lo mejor era no mentirle si quería que su relación fuera bien. —Claro, porque le conoces del club.

David se quedó de piedra. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Es como tú.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque me lo ha dicho mi madre. —Se encogió de hombros. —Lo sé desde niña. Mi madre me lo soltó cuando la pillé en la cama con un hombre que la azotaba en el trasero un día que volví del colegio. A mí me chocó un poco, pero ahora lo entiendo.

David no salía de su asombro. —¿Me estás diciendo que eres la hija de un dominante?

Keira sonrió. —¿A que es perfecto? Tendré que aprender cosas, claro. Pero es mucho más fácil. No creas que yo tengo mi carácter también —dijo rápidamente para que no la echara a patadas—. Eso es herencia de mi padre. Mi madre dice que a veces soy muy cabezota.

David se pasó la mano por su pelo negro. —¡Joder!

—He comprado las píldoras en la farmacia. Mañana tengo cita con el médico.

—No puedes quedarte.

Esa frase cayó a plomo sobre ella. —¿Qué?

—¡No puedes quedarte! ¡Recoge tus cosas!

—¡No!

—¡Estás despedida! —Le gritó a la cara. —Largo de mi casa.

Los ojos de Keira se llenaron de lágrimas. —¿Por qué? ¿Es por lo de esta mañana? No fue a propósito. Se debió ir la luz y...

—No tengo que darte explicaciones. Recoge tus cosas o te echo como vas.

—¡No! —gritó a su vez mientras las lágrimas corrían por sus mejillas—. Castígame si quieres, pero no me voy.

Furioso la cogió por la coleta. —No puedes quedarte. Tu padre me conoce y no quiero problemas. Largo de mi casa.

—Te juro que no le contaré nada.

—¿Sabe que estás aquí?

Asintió sin ser capaz de mentirle. —Lo siento. —Él entrecerró los ojos. —Él no me quiere. Le da igual.

—A ningún padre le da igual lo que le pase a su hija. Sobre todo con un hombre como yo. —David atrapó sus labios besándola con dureza queriendo castigarla y ella gimiendo respondió acariciando su cuello. La pegó a él y Keira le abrazó con fuerza para que supiera que le necesitaba. David la apartó de golpe tirándola sobre el sofá.

—Me voy de viaje. Hazme la maleta.

Disimuló la alegría que sintió porque le había convencido y rápidamente fue hacia su habitación entrando en el vestidor. Cogió la maleta y sintió su presencia tras ella. —¿Esta está bien? ¿Cuántos días te vas?

—Hasta el domingo por la noche. Mete ropa de sport, el traje gris y el smoking. Ah y bañadores.

—¿A dónde vas?

—Me han invitado a un crucero este fin de semana. —Se apoyó en el marco de la puerta. —Una amiga que va a celebrar su cumpleaños.

Se mordió la lengua metiendo unos polos dentro de la maleta. Sabía que la provocaba para hacerla rabiar y lo estaba consiguiendo. —¿Cuándo te vas?

—Esta noche. A las siete.

Cuatro días. Se iba cuatro días con esa y ella allí muerta del asco. Sólo pensar que se acostaría con ella le revolvió las tripas. —¿Meto también la vaselina?

David se cruzó de brazos divertido. —No. Creo que ella tendrá.

Se mordió la lengua y colocó un pantalón corto ya que hacía calor. Le hizo la maleta pulcramente de

tal manera que no tuvieran nada que decir. Pero estaba tan mosqueada que no pudo evitar decir —Mi padre dice que no compartes en el club.

—Y no lo hago —respondió molesto—. Tu padre tiene la boca muy grande.

—Pero eso no significa que no lo hagas en otro sitio. —Sonrió inocente. —¿Te meto ya el neceser?

—Después de que me duche.

—Muy bien.

Fue hasta la puerta y él la sujetó por la cintura. —No tomes esa píldora hasta que el médico te haya dado el visto bueno.

—¿Te vas a acostar con tu amiga? —preguntó sin poder evitarlo.

—Perdona, ¿dónde dice que tengo que darte explicaciones? No te pases, Keira. Puede que conozca a tu padre, pero voy a tratarte como a cualquier otra. ¿Acaso te creías especial? —La rabia la recorrió. —Vete a hacer la cena y espero que lo de esta mañana no vuelva a pasar.

Furiosa fue hasta la cocina y decidió hacerle un filete. Estaba tan fuera de sí que antes de darse cuenta lo había quemado. Entrecerró los ojos porque él no había llegado, pero decidió no hacerle otro. Le puso la mesa y estaba colocando la cerveza cuando él entró en la cocina. Le sirvió su filete calcinado sin ninguna cosa más alrededor. David levantó una ceja. —Nena, ¿todavía no controlas la cocina?

—Se me ha pasado un poco, pero como tienes prisa...

—Al parecer no has entendido mis reglas. —Él se levantó dejando la servilleta sobre el plato y fríamente la cogió del cuello apretando lo justo para acercarla a él. —Tú obedeces. Esa es la regla principal. Si te está dando una pataleta por lo del viaje, no es problema mío. ¿Quieres continuar aquí?

—Sí —dijo con rabia.

David sonrió. —Está claro que voy a tener que reprimir esa rebeldía que has heredado de tu padre.

La empujó contra la encimera y la sujetó por los rizos volviéndola. Keira se sujetó sobre las palmas de la mano sobre el frío mármol, sintiendo como bajaba sus vaqueros sin desabrochárselos atrapando sus piernas. —Ni se te ocurra volver a largarte de esta casa sin realizar tus tareas. —Le pegó con fuerza en el trasero y Keira gritó. —Ni se te ocurra de nuevo volver a meterte en lo que hago o dejo de hacer. —Le pegó otro cachete que le ardieron las nalgas. —Y que no se te vuelva a ocurrir volver a preguntarme sobre con quién me acuesto. —Esa fue aún más fuerte y gimió sintiendo que las lágrimas corrían por sus mejillas. Pero no eran lágrimas de dolor, eran lágrimas de rabia.

La abrazó a él y le susurró al oído —Nena, cuando vuelva el domingo espero que tu actitud sea otra. Espero poder hablar contigo sin que esos celos estúpidos enturbien nuestra relación. No te pertenezco.

—¿Y yo a ti?

—Eso lo has decidido tú. Ahora atente a las consecuencias. —La besó en la mejilla y salió de la cocina tranquilamente.

Capítulo 5

Fueron los cuatro días más largos de su existencia. Estaba loca por verle y limpiaba una y otra vez sólo por mantenerse ocupada. Fue al cine con su madre que la interrogó sobre su castigo, pero ella no abrió la boca diciendo que se había ido de viaje.

Hubo momentos en los que se sentía deprimida por no poder tener una relación normal con él. Pero entonces se daba cuenta que ella tampoco era muy normal si no le había atraído otro tipo de hombre en la vida, así que no debía quejarse.

El domingo decidió prepararle una cena especial y hasta le hizo una tarta de tres chocolates. Se puso su uniforme recién planchado y esperó a que llegara ansiosa. Esa vez se había dejado el cabello suelto y los rizos estaban impecables después de mirar veinte videos en YouTube sobre como peinarlos.

Sonrió cuando escuchó la cerradura y al verle entrar corrió hasta el centro del salón. —Hola David.

Él miró a su alrededor para después mirarla a ella de arriba abajo. Entró la maleta y cerró la puerta. —Has estado ocupada.

—Lo he limpiado todo. —Se acercó para coger la maleta. —Te he hecho una cena especial.

No dejó que cogiera el asa de la maleta. —Ya la llevo yo.

Keira sonrió. —Y tarta de chocolate. ¿Te gusta el chocolate?

—Depende de donde esté puesto. —La cogió por la cintura pegándola a él. —Ahora saludame como se debe.

Rodeó el cuello con sus brazos y le besó con ternura antes de acariciar sus labios con la lengua haciéndole gemir. La levantó hasta ponerla a su altura y devoró su boca mareándola de placer. David se apartó dándole un azote en el trasero.

—¿Lo has pasado bien en el crucero?

La miró con desconfianza. —Sí, muy bien.

—¿Qué le regalaron?

David se echó a reír. —¿Qué?

—Era su cumpleaños. Alguien le regalaría algo.

—Un montón de orgasmos. Te aseguro que se lo pasó genial.

Keira palideció, pero aun así forzó una sonrisa. —Estarás hambriento.

—No lo sabes bien —masculló llevando la maleta a su habitación.

Llevándose la mano al estómago corrió hasta la cocina y vomitó en el fregadero sin poder evitarlo. Aquello no iba bien. Abrió el grifo y se enjuagó la boca, pero una nueva arcada la recorrió imaginándoselos en el barco.

—¿Nena?

—Estoy bien. —Forzó una sonrisa enderezándose. —Algo me ha sentado mal.

David le levantó la barbilla y cogió un paño para secarle la barbilla. —Igual deberías acostarte. No tienes buen aspecto.

—Estoy bien, de verdad. Ahora me encuentro mucho mejor. Te he hecho salmón en salsa de limón. Siéntate.

—¿No lo abras probado tú? —preguntó con desconfianza.

—No. —Se echó a reír. —Puedes estar tranquilo.

Él se sentó a la mesa sin quitarle ojo y le preguntó —¿No serán las píldoras? Hay mujeres que no las toleran bien.

—No creo. —Sirvió el pescado con cuidado de que no se le rompiera y sonriendo se lo puso

delante.

Se puso a comer y ella se apretó las manos distraída pensando en el dichoso barco. Por lo que él le había dicho, seguro que había sido una orgía. Era imposible que él no hubiera tocado a alguna de las mujeres sino a todas. ¿Y si no había usado protección? Por mucho que le quisiera, no era tonta como para poner su vida en riesgo porque él no la apreciara lo suficiente.

—¿Qué estás pensando?

Keira le miró a los ojos. —¿También mis pensamientos son tuyos? —Él suspiró dejando el tenedor sobre el plato. Se volvió ligeramente apoyando el codo sobre la mesa y la miró fijamente esperando una respuesta. —¿Tener sexo contigo es una condición de este trabajo?

Eso pareció sorprenderle. —Perdona, ¿qué acabas de preguntar?

—Quiero el trabajo.

—Pero no quieres sexo conmigo.

—Es que me parece que no me respetas lo suficiente. ¡Este es un país libre y puedes hacer con tu polla lo que te da la gana, pero luego no vengas a metérmela a mí! —Dejándolo de piedra salió de la cocina y fue hasta su habitación cogiendo su maleta de encima del armario. Estaba claro que aquello no iba a funcionar. Le gustaba que fuera dominante con ella, que la excitara hasta el límite volviéndola loca, pero no podría soportar compartirle con otras. Por ahí no pasaba. Si tenía que dejarlo, cuanto antes mejor. Antes de destrozarse su corazón para siempre.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Me voy. —Cogió sus vaqueros del armario y los metió en la maleta.

—Esto es por lo del fin de semana.

—Qué listo eres —dijo con ironía.

—¡Yo no te prometí nada!

—Lo sé. —Se echó a reír sacando un vestido del armario. —Vosotros nunca prometéis nada. Exigís y esperáis que mantengamos la boca cerrada. No me gusta compartir mis juguetes y resulta que el señor se va a follarse a una puta en un barco porque le da la gana. Pues felicidades. ¿Qué quieres que te diga? No tengo estómago para que luego me metas la polla a mí.

David apretó los labios. —Tienes la puerta abierta para irte cuando quieras.

—Eso pensaba hacer. ¡Puede que en la cama seas la leche, pero yo no soy un juguete! —Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas y frustrada cogió el resto de su ropa tirándola de mala manera sobre la maleta. Fue al mirar hacia abajo cuando se dio cuenta que aun llevaba el uniforme y se quitó la cofia haciéndose daño en el pelo. Se quitó el mandil y rompió la cremallera al bajársela con fuerza casi arrancándose el vestido. Desnuda ante él buscó la ropa interior que David odiaba y se la puso retándole con la mirada.

Se acercó cogiéndola del brazo con fuerza. —¿Qué vas a hacer? ¿Volver a tu vida donde no dejas que te toque nadie?

—Tranquilo. Ahora que sé lo que me gusta preguntaré a mi padre quién es la pareja apropiada para mí.

David la cogió por la nuca furioso. —Te juro que como te vea con otro te mato.

—Pues puede que me veas. Incluso puedo visitar ese club tuyo. Seguro que allí tengo muchos candidatos.

Él la abofeteó volviéndole la cara y la furia la recorrió de arriba abajo. Volvió la cara lentamente y se pasó la lengua por el labio que le había roto. —Esto lo vas a pagar.

David la cogió por la nuca pegándola a su cuerpo y la besó lamiendo su herida. Ella le agarró del pelo con fuerza y gimió en su boca de necesidad. La cogió por el trasero levantándola y sin dejar de devorarla, la pegó contra la pared tirando uno de los cuadros. Metió la mano entre sus piernas y rompió sus bragas. Ella mordió su labio inferior provocando que él se apartara. Con la respiración jadeante se

miraron a los ojos mientras su miembro entraba en ella con fuerza. Keira gritó por la intrusión cerrando los ojos y él la besó en el cuello antes de entrar en ella de nuevo empujándola contra la pared. Gritó de placer una y otra vez hasta que con un fuerte empujón la catapultó a un orgasmo fantástico.

Cuando consiguió abrir los ojos la cara de David estaba ante ella respirando agitadamente sin soltarla. Ella le besó por toda la cara y él atrapó sus labios casi con desesperación antes de tumbarla sobre la cama. Arrastró la maleta que cayó al suelo y sin sacar su miembro de ella se quitó la camisa sin desabrochársela tirándola al suelo después. Ella acarició su pecho sudoroso y se lo besó, pero él le cogió del cabello tirando de su cabeza hacia atrás para que le mirara.

—Nena, al parecer estamos entrando en terreno desconocido.

—Sí —dijo satisfecha—. Los dos tenemos el mando. Que gane el mejor.

David sonrió antes de besarla de nuevo haciéndola olvidar todas sus dudas.

Desde ese momento su relación cambió. Ella ya no se mordía la lengua y él intentaba meterla en vereda continuamente. Dos meses después sus peleas eran apoteósicas terminando en orgasmos increíbles. Los vecinos debían estar encantados, pero como él era el dueño del edificio, nadie decía ni pío.

Una tarde estaba comiendo un helado ante el televisor cuando él llegó a casa. Keira tenía sus pies sobre la mesa de café. Se acababa de pintar las uñas de rojo como a él le gustaban. Él dejó la cartera de piel sobre el sofá de enfrente con la chaqueta. Al verla con un pantaloncito corto y una camiseta de tirantes rosa levantó una ceja. Keira chupó la cuchara mirándole con los ojos iluminados de placer.

—Nena, ¿qué hay de cena?

—Helado.

—Helado. —Apretó las mandíbulas como si quisiera matarla. —¿Se te ha olvidado cocinar?

—Hoy hace calor. Así que helado. —Le enseñó el envase de litro. —De chocolate.

Él se fue hacia su habitación y ella frunció el ceño porque no discutía con ella. Preocupada se sentó sobre el sofá para ver qué hacía, pero desde allí no veía nada así que se levantó dejando el envase sobre la mesa y caminó hacia la habitación, pero no estaba en la de él sino en la suya. Asombrada vio que le estaba haciendo la maleta.

—¿Qué haces?

—Quiero que te largues.

Sintió que se le rompía el corazón. —Mira, no sé qué es lo que quieres, pero esto no es lo mío. ¡Me gusta mandar! ¡Me gusta que mi mujer me ruegue que le haga el amor y me gusta verla retorcerse de placer por mí! Me gusta llegar a casa y que la cena este esperándome. ¡Tener las camisas planchadas y no tener que pelear por todo! —Le cerró la maleta de golpe. —Si querías llevarme al límite lo has conseguido. Ahora largo.

No había seguido el consejo de su padre y esa era la consecuencia. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Puedo intentarlo de nuevo.

—Tú no eres así. ¡Al principio parecía que lo eras, pero sólo te gusta el sexo duro! Yo no necesito eso. Lo puedo tener cuando quiera, sin tener que ponerme de los nervios en mi propia casa. —Pasó a su lado dispuesto a irse. —Te quiero fuera de aquí en cinco minutos.

Se tapó la cara reteniendo los sollozos que luchaban por salir. Sin dejar de llorar se puso unas deportivas y metió todo en la maleta lo más rápido que pudo. Recogió su bolso sin molestarse en recoger su neceser y tiró de la maleta hasta el salón que estaba vacío. Estaba claro que no quería ni verla, así que dejó las llaves sobre la mesa y se fue.

—¿Qué has hecho qué? —gritó su madre alucinada. Llorando sentada en su salón su madre intentaba calmarla. —Ya sabía yo que pasaba algo porque no me contabas nada. ¡No has hecho caso a nada de lo

que te he dicho y mírate ahora!

—Es que lo de otras mujeres no lo soportaba. ¡No pensaba dejar que se acostara con otras!

—Serás idiota. ¡Acababas de empezar! ¡No puedes exigir nada cuando todavía no te conoce siquiera!

Lloro más fuerte y su madre suspiró. —Así que le llevabas la contraria en todo. No me extraña que terminara harto. Si se lo hicieras a cualquier hombre se pondría de los nervios, pero a uno como él...

—En el sexo nos iba muy bien.

—Pero es que una relación no es sólo sexo. ¡Dios, qué inocente eres!

En ese momento sonó el teléfono y su madre fue a contestar —¿Diga? —Su madre al principio pareció asombrada.

—¿Es él? —Ansiosa se levantó.

—Sí, está aquí. Ahora se pone.

Su madre le tendió el teléfono. —Tu padre.

Asombrada cogió el auricular. Se lo puso en el oído. —¿Diga?

—Hija, ¿qué coño ocurre?

Se echó a llorar. —He metido la pata.

—Pues está en el club y la está organizando buena.

Se le cortó el aliento dejando de lloriquear. —¿Qué quieres decir?

—Ha invitado a algunas amigas y está organizando una fiesta para dentro de una hora. Ha llamado a la mitad del club para invitarles.

La rabia la recorrió de arriba abajo. —¿Dónde está ese club?

—Hija...

—¿Dónde está? ¡Papá, no me falles ahora!

—Eso lo has heredado de mí.

—Eso dice él. ¿Quiere acostarse con otras? ¡Estupendo! Búscame un amigo.

Su padre se echó a reír. —En la veintiséis. Club Gold and Diamonds. Di que eres mi invitada. Avisaré en la puerta.

Colgó el teléfono y miró a su madre. —Necesito el vestido más sexy que tengas.

—Hija...—Su madre estaba preocupada. —¿Sabes cómo son esas fiestas? No te va a gustar. Te conozco y vas a salir huyendo.

—Si puede echarme de su vida tan fácilmente, yo puedo demostrarle que me importa una mierda. Aunque sea lo último que haga, se lo demostraré.

—Tengo un vestido de antes de que nacieras que guardaba de recuerdo. —Sonrió maliciosa. —Será mi manera de vengarme de tu padre.

—Vamos allá.

Una hora después varias personas entraban en el club. Ella sacó una pierna del taxi sobre los zapatos rojos de tacón que su madre le había dado. Le apretaban un poco, pero lo soportaría como todo lo demás. Salió del taxi y cerró la puerta mostrando su vestido rojo ajustado con la espalda al aire. Era muy sexy y atrevido sobre todo porque no llevaba sujetador y sus generosos pechos se movían con cada paso. Sus rizos brillaban rodeando su cara y sus preciosos labios estaban pintados de rojo intenso. Cambió su cartera de mano cuando se acercó al portero. —Soy una invitada de Garrett Hobson.

—Oh, señorita Adkins, pase. La está esperando.

Sonrió subiendo los escalones con una pareja detrás y le abrieron la puerta de cristal tintado que daba al interior. El hall era realmente impresionante. El lujo la rodeaba. Había varios sofás de piel muy masculinos de estilo inglés y mesas de cristal donde había varias copas vacías. Una puerta frente a ella

mostraba un bar y se oían risas y música. Caminó con paso firme hacia el bar y sonrió al ver a su padre rodeado de dos preciosas mujeres en una de las mesas. Llegó hasta él y puso los brazos en jarras. Su padre levantó la vista pasando por todo su cuerpo hasta llegar a su rostro y sonrió. —Igualita que tu madre. Ese vestido se lo regalé yo, ¿sabes?

Ella miró a las fulanas. —Fuera.

Su padre se echó a reír viéndolas irse rápidamente. —Está claro que tu carácter es el mío. Hija, yo también quiero pasarlo bien.

Se sentó a su lado dejando el bolso sobre la mesa. —¿Dónde está?

—El anfitrión llega en el último momento.

—Perfecto, pues dime una presa fácil.

Su padre miró a su alrededor. —Aquí no hay presas fáciles, pero hay uno que no se lleva muy bien con David. De hecho, son rivales en los negocios. Unas palabras mías y con tal de joderle, hará lo que se le pida.

—Busca a otro. No quiero problemas con su trabajo. —Cogió su bourbon y lo bebió de un trago. Su padre levantó una ceja y llamó al camarero. —Dos bourbon con hielo. Mi hija está sedienta.

—Pues será doble —dijo el camarero sin cortarse en mirarle los pechos.

Molesta miró a su alrededor. Cuando vio a una mujer dejándose sobar la entepierna por encima del vestido mientras otros dos miraban, chasqueó la lengua haciendo reír a su padre. —Hija, antes de dejar que un hombre hiciera eso contigo, le habría cortado las manos.

Le miró sorprendida. —Lo hiciste con mamá.

—¡No es lo mismo! —Parecía ofendido. —¡Eres mi hija!

—Shusss, ¿quieres que se entere todo el mundo?

—Lo que pasa en el club, se queda en el club. Nadie diría nada.

—Pues tú me contaste lo de David.

—Pero es que eso no había pasado. Él no ha compartido a nadie. ¿Entiendes la diferencia?

—Oh. Qué raros sois.

Su padre se echó a reír a carcajadas y varios miembros les miraron con interés.

Un hombre que estaba en la barra no les quitaba ojo mientras bebía un whisky. Sus ojos coincidieron con los de Keira y tembló de miedo. Aquel tío era un auténtico sádico. —Ten cuidado, hija. Si demuestras que le tienes miedo, se sentirá animado a abordarte.

Como si sus palabras fueran premonitorias el tipo se acercó sonriendo. Tenía la edad de David, unos treinta y dos o por ahí. Era guapo, pero su mirada hacia que su rostro pareciera más feo de lo que era en realidad.

—Hola Garrett.

—Morton, menuda sorpresa. ¿Te ha invitado Clarkson?

—Soy miembro del club —dijo divertido—. No pueden negarme la entrada.

Su padre rodeó los hombros de su hija. —¿Conoces a Keira?

—Me muero por conocerla —dijo comiéndosela con los ojos.

Keira sonrió seductora. —Mucho gusto.

Morton miró a su padre. —¿La compartes?

—Mi hija tiene dueño. Estará al llegar.

—¿Tu hija? —Parecía asombrado. —No sabía que tenías hijos.

Garrett le miró fríamente. —Pues ahora ya lo sabes. Recuerda los límites, Morton.

¿Qué límites? Estuvo a punto de preguntar ella, pero al final decidió callarse como buena sumisa. Sonrió como una tonta y Morton inclinó la cabeza. —Quizás más adelante.

—Si su dueño está dispuesto, no tengo nada que decir.

Los ojos de Morton brillaron y en cuanto se alejó ella preguntó —¿Qué límites?

—La familia no se toca. Ni mujeres, ni hijas, ni nietas. A no ser que se llegue a un acuerdo, por supuesto. —La miró a los ojos cogiendo su bourbon. —Cuando te cedí a David, ya no había nada que hacer porque él no sabía quién eras en realidad y ahora es él quien decide.

—¡No, ahora decido yo!

—Cierto —dijo divertido—. Te aconsejo que atraigas a alguien a la mesa porque la fiesta está a punto de empezar y después ya no tendrás oportunidad.

Ella miró a su alrededor y vio a un hombre sentado solo en una mesa con el brazo apoyado en el respaldo del sofá mirando como magreaban a la tía, que ahora ya tenía el vestido levantado. —¿Y ese?

—Hija, vaya ojo que tienes. Pasas de un dominante a un sadomasoquista para llegar al dueño del local.

Le miró sorprendida. —¿El dueño?

—Rick Campbell. Lo compró por capricho al dueño anterior. Le sobra el dinero.

—¿Es buena persona?

—Si tienes un problema debido a tu afición, él es tu hombre. —Decidida se levantó mientras su padre susurraba —Igualita que su padre.

Disimulando sus nervios se acercó a Rick, que levantó la vista en cuanto se acercó a la mesa. —Monada, no busco compañía.

—Yo tampoco. —Sonriendo se sentó a su lado. —¿Me invitas a una copa?

—¿No estabas con Garrett?

—Es mi padre.

Rick se echó a reír. —Increíble. Mis clientes nunca dejan de sorprenderme.

—Necesito un favor.

—Soy todo oídos. —Levantó una mano para llamar al camarero.

—Hoy hay una fiesta.

—Cierto. La da un buen amigo mío.

—¿Muy amigo?

—Mucho. Por eso estoy aquí —dijo mirándola con sus ojos negros.

—Soy Keira.

Rick se echó a reír a carcajadas y varios los miraron sorprendidos. Al parecer su anfitrión se reía poco. —Vaya, vaya. —La miró bien. —No puedo negar que David tiene buen gusto.

—Gracias. Me ha echado de casa.

—Lo sé. De ahí la fiesta. Tenía que animarse.

—Yo le quiero.

Rick apretó los labios. —El amor es muy relativo.

—No quiero perderle. Haré lo que sea.

—¿Lo que sea? —Esas frías palabras la estremecieron, pero ella asintió. —Muy bien, tómate esa copa. Pero escúchame atentamente. Será la última vez que te ayude. El resto tendrás que hacerlo tú sola.

Asintió aliviada. Miró a su padre cogiendo su copa y asintió imperceptiblemente. Su padre sonrió e hizo un gesto a las dos mujeres que antes estaban con él.

Entonces se apagaron las luces. —Empieza el espectáculo —le dijo Rick acercándose a su oído.

En el escenario aparecieron cuatro mujeres vestidas con un body negro de encaje por el que se les transparentaba todo y una rubia muy guapa con un micro en la mano dijo —Buenas noches, caballeros. ¡Bienvenidos a la fiesta! —Varios aplaudieron y Rick sonrió divertido cuando una de las chicas le cogió la pechera del body a otra desgarrándoselo de arriba abajo antes de cogerle un pecho y mirando al público se lo metió en la boca. Keira se mordió el labio inferior de rabia mientras la del micro decía —Esta noche nuestro homenajeado es David. —Todas las chicas del salón gritaron. Todas excepto Keira. —Y por supuesto es quien tiene el privilegio de elegir primero. David cielo, ¿con quién te vas a quedar?

—Un foco iluminó a David que saludaba con un beso en los labios a una de aquellas zorras. Rabiosa le vio sonreír y la del micro dijo —Vamos cariño, estamos esperando. Cuál es tu elegida para la primera media hora. —La mujer se echó a reír. —Sabes que hay límite de tiempo. Ya sabemos que si fuera por ti sería la noche entera.

Todos se echaron a reír y Keira levantó una ceja mirando a Rick que se partía de la risa. David sin verla se acercó al escenario.

—Allá vamos —susurró Rick rodeando sus hombros con su brazo para tocarle un pecho. Ella se iba a apartar, pero él le susurró al oído—Si no se lo cree, no reaccionará como quiero.

Keira sonrió y siseó —Esta me la vas a pagar.

Rick se echó a reír a carcajadas de nuevo y David sonriendo le miró cogiendo el micro en la mano —Buenas no... —Abrió los ojos como platos al ver quien estaba con Rick y cuando siguió el movimiento de su mano tiró el micro al suelo. —¡Hijo de puta! —Se tiró sobre Rick y ella gritó cuando le tiró del pelo al sujetar de la chaqueta a su amigo para pegarle un puñetazo. Al intentar sujetarle por el brazo, David la empujó por el vientre hacia atrás y Keira cayó sobre una de las mesas de cristal, que no soportó el peso de ella estallando en mil pedazos.

—¡Keira! —Su padre se acercó corriendo mientras David seguía pegando a Rick. —¡Llamar a una ambulancia!

David miró a su derecha y cuando vio a Keira desmayada en el suelo encima de todos esos cristales palideció. —¿Nena?

Se acercó a ella a toda prisa y su padre sujetándole la cabeza volvió a gritar —¡Una ambulancia!

—Déjame a mí, Garrett —dijo el doctor Sudge a su lado. Su padre se apartó para dejarle paso al médico.

—No la mováis. Ha sido un buen golpe y puede tener algo roto. —Le tocó el pulso y asintió. —Está viva.

Entonces vieron la sangre que empezó a cubrir los cristales del suelo. —Eso no me gusta —dijo el doctor Sudge—. Es mucha sangre. Vamos a moverla lo más recta posible para colocarla sobre el escenario y pueda mirar su espalda.

Todos asintieron. Rick sujetó a Keira metiendo las manos debajo de un omóplato mientras el médico lo hacía del otro. David la cogió por las piernas y al notar los cristales pegados a su piel palideció. Miró a Rick que parecía que tampoco se creía lo que había pasado. —¡Ahora!

La levantaron entre todos y la trasladaron hasta el escenario donde las chicas la miraban asustadas. El médico hizo que la volvieran y todos pudieron ver dos cristales que tenía alojados en la espalda. David se llevó las manos a la cabeza cuando el médico gritó —¿Dónde está esa ambulancia?

—Viene de camino —dijo uno de los camareros.

—Tengo que llamar a su madre —dijo Garrett pálido—. Dios mío.

—Garrett yo...

—¡Ni se te ocurra volver a acercarte a mi hija, cabrón hijo de puta! ¡No entiendo por qué está enamorada de ti cuando vale mil veces más que tú, pero como te vea a cien metros de ella, hago que te maten!

Rick cogió del hombro a David reteniéndole cuando en ese momento llegaron los sanitarios. El doctor habló con ellos y la colocaron boca abajo. Se encendieron las luces y todo el mundo pudo ver la cantidad de heridas que tenía en la espalda.

—¡Dios mío! —David se llevó las manos a la cabeza siguiendo la camilla que salía en ese momento.

Garrett le empujó por el pecho con rudeza. —Ni se te ocurra.

Vio cómo se alejaban y Garrett gritaba —¿Dónde está mi chófer?

—No te preocupes. Se pondrá bien.

David miró a Rick —Fue ella, ¿verdad? Ella vino a ti.

—¿Tu qué crees? Una mujer enamorada es capaz de cualquier cosa.

—¡Joder! —Miró a su alrededor como todo el mundo le observaba. —¿Qué coño miráis? ¡Largo de aquí!

Rick le cogió del hombro volviéndole. —¿No vas al hospital?

—¿No has oído a su padre? ¡Joder! —Nervioso se pasó la mano por el cabello de nuevo. —¿Y si se muere?

—Ella sabe que no lo has hecho a propósito.

—¡Si sobrevive tendrá cicatrices de por vida! ¿La has visto?

—Nada que la cirugía plástica no pueda curar. Vete con tu mujer. Sabrá perdonarte. Una mujer que entra en un sitio así para evitar que su hombre celebre su ruptura, es que le quiere.

David sonrió y después perdió la sonrisa poco a poco. —No.—Rick se quedó de piedra. —No funcionará. No funcionó antes y no lo hará ahora.

—Cobarde hijo de puta —dijo Rick furioso—. ¡No es cierto que no funcionara! ¡Te entró el pánico al ver que funcionaba demasiado bien y no lo soportaste! ¡Decidiste joderlo todo echándole la culpa a ella cuando en realidad la quieres!

David se tensó con evidencia. —Eso es problema mío.

—¡Y de ella! —Señaló hacia la puerta. —¿Has visto lo que ha hecho hoy? ¡Se ha humillado por ti viniendo aquí! Yo daría todo lo que tengo por una mujer así y tú la rechazas porque eres un puto cobarde.

—¡Pues quédatela! —le gritó a la cara.

—Te recuerdo que va camino del hospital porque no quisiste que me la quedara. —Se volvió tirando otra mesa al suelo de furia antes de salir del bar. —¡Quedas expulsado del club! —gritó su amigo desde el hall.

David miró al suelo pasándose la mano por la nuca cuando vio una gota de sangre sobre su zapato. Cerró los ojos sintiendo que había matado a Keira ese día. Puede que se recuperara, pero nunca volvería a ser la misma.

Capítulo 6

Un año después

Keira corrió por la recepción del aeropuerto y rió abrazando a sus padres. —¡Estáis aquí!

—Por supuesto que estamos aquí —dijo su madre besándola en la mejilla—. ¿Cómo ha ido?

—No la atosigues. —Su padre se apartó para mirarla bien. —Estás preciosa. ¿Cómo ha ido?

Se echó a reír divertida. —Tan bien que todavía no me lo creo. Van a publicarlo. Saldrá en Navidades. Están entusiasmados porque es una visión femenina de la dominación y por todas las historias reales que tiene. Por supuesto no saldrá mi nombre. Sera una autora anónima, pero el misterio lo potenciarán con publicidad.

—Eso es estupendo. —Su padre le cogió la maleta. —Hay que celebrarlo. Tengo una mesa encargada en el Rivolis.

—Uhh, qué lujo —dijo su madre—. Cariño, tenemos que ir a cambiarnos.

—Por supuesto —dijo su padre.

Atónita se detuvo en seco. —¿Cariño? —Sus padres se sonrojaron. —No fastidiéis. ¡Con lo bien que iba todo!

Su padre fulminó con la mirada a Lorraine. —Siempre con esa boca tan grande.

—Te encanta mi boca.

—¡Oh, por Dios! —Se estremeció de asco. —No puedo creerlo.

—Es que vamos para mayores y se sentía tan solo...

—¡Tendrás cara! ¡Me suplicaste que te aceptara de nuevo!

Su madre se sonrojó. —Es lo que tenemos las sumisas, que no tenemos orgullo.

—¡No quiero saberlo! Me voy a cabrear muchísimo como esto afecte a nuestra relación. Es lo único que voy a decir.

Sus padres asintieron y ella sonrió maliciosa sin poder evitarlo. —Papá, ¿la has visto desnuda?

Su madre jadeó de vergüenza. —Le encantan mis curvas.

—Si sobre todo cuando me ahogan. —Divertido salió del aeropuerto.

—Garrett cariño, seguro que ese endocrino me hace adelgazar.

—Si dejaras de comer todo lo que te encuentras. —Su padre se volvió sonriendo. —Pero me vuelves loco de todas las maneras.

Lorraine le dio un besito antes de meterse en la limusina y ella puso los ojos en blanco. Estaba a punto de entrar en el coche cuando una limusina se detuvo tras ellos y David salió del aeropuerto hablando por el móvil. A Keira se le detuvo el corazón y cuando sus miradas se encontraron, David se detuvo bajando el teléfono. Ella sonrió y se despidió con la mano antes de entrar en el coche y que el chófer cerrara la puerta.

Su padre que también le había visto, apretó los labios al ver su tristeza mientras pensaba en todo lo que le echaba de menos. Garrett miró a Lorraine que le animó con la cabeza. —¿Sabes, hija? Rick quiere hacerte una fiesta.

Miró sorprendida a su padre. —¿Rick? Se ha convertido en un buen amigo, pero de ahí a hacerme una fiesta. ¿No será en el club?

—Precisamente. Quiere que compruebes cómo ha cambiado las mesas. Serás la homenajead y podrás elegir al hombre que quieras.

Se puso como un tomate haciendo reír a su madre. —No tiene gracia.

—Claro que la tiene. Eres la primera mujer a que se le da ese privilegio, ¿lo sabías? —Su madre

suspiró. —Si yo pudiera elegir.

Su padre la fulminó con la mirada. —Esa frase la vas a pagar.

—Lo sé —dijo emocionada.

—Dile que no, papá. Que gracias, pero no.

—¿Sabes que David estará allí?

Fulminó a su padre con la mirada. —Como si me importara.

—Podrás elegir y yo le daría en las narices eligiendo a otro —dijo su madre.

Esa frase le estuvo rondando en todo el trayecto hasta la casa de su padre. Frunció el ceño al ver la fachada. —¿Ahora vivimos aquí?

—Supongo que te buscarás un piso con ese succulento adelanto que te ha dado la editorial, pero como me he venido a vivir con papá...

Nerviosa se bajó del coche. —¿No podías cambiarte a otra calle que no sea la Quinta?

Su padre la miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Si es la mejor de la ciudad!

Gruñendo entró en el portal que estaba dos portales al norte del edificio Clarkson. La primera vez que había ido a casa de su padre, se había camuflado como si fuera a atracar un banco y no había ido de nuevo poniendo cualquier excusa para quedar en otro sitio, pero si ahora vivía allí, lo tendría complicado. Necesitaba un apartamento ya.

Estaban en el salón después de cambiarse esperando a su madre y Garrett le ofreció una copa de vino blanco. —Estás preciosa —dijo observando el vestido verde de gasa que se había comprado con su asignación.

—¿Por qué lo has hecho, papá? —Se sentó en el sofá cruzando las piernas. —Primero me reconoces a mí, ahora vuelves con mamá... No hacía falta, ¿sabes?

Su padre sonrió sentándose frente a ella. —Ya sé que no hacía falta. Pero me siento tan afortunado. —Miró su copa de vino. —La jugarreta de tu madre me sentó muy mal, pero me he dado cuenta que cuando tienes un perro acorralado, lo más normal es que te muerda. Soy afortunado de que me perdonara y tú también. La quería, ¿sabes? Fue mi orgullo el que no soportó lo que hizo y al final la eché. Y ese mismo orgullo hizo que no le pidiera que volviera. —Bebió un trago de su vino y la miró a los ojos. —¿Sabes? El día de tu accidente le dije unas palabras muy duras a David.

—Tranquilo, seguro que le resbalarían —dijo divertida.

—Creo que es su orgullo el que le impide volver a ti.

Keira palideció. —Ni siquiera se preocupó de cómo estaba. Ni fue a verme al hospital. Eso no es amor.

—Rick le expulsó del club.

—Me lo dijo Rick —dijo asintiendo.

—Pero volvió al mes. —Garrett se echó a reír. —Rick le hizo pagar una prima especial.

—Espero que le sangrara vivo.

—Tres millones de dólares.

Keira silbó impresionada. —Ese club debe ser la leche. Cuando no estoy yo, claro.

—No lo ha pisado desde entonces.

—¿Qué?

—Fue aquel día a pagar la prima y no volvió. Le he preguntado a Rick y me ha dicho que últimamente trabaja como un poseso. Hija, ¿no crees que necesita ir de fiesta?

—Papá...

—Deberías asistir a la fiesta, aunque no elijas a nadie. Muchos miembros me preguntan por ti y están deseando conocerte. Mamá ha contado lo de tu libro a todo el club y quieren la primera edición.

—¡Papá! ¡Es secreto!

—Lo que pasa en el club...

—Ya estoy lista. —Su madre salió con un precioso vestido azul.

—Ah, las mujeres de mi vida están listas. Vamos a comer. Estoy hambriento.

Iban a salir por la puerta cuando sorprendida vio a David al otro lado y por la cara de cabreo que tenía no presagiaba nada bueno.

—David, qué sorpresa. Nos íbamos a comer.

—¡A comer! —Furioso entró en el piso cerrando de un portazo y señaló a Keira con el dedo. —¡Te voy a demandar!

Parpadeó asombrada. —¿Perdona?

—¡Te aseguro que si crees que vas a publicar esto, estás muy equivocada! —Levantó un montón de papeles.

—¿Eso no será lo que creo que es? Porque tengo reservados los derechos de autor y tú no tienes derecho a leerlo.

—¡Hay que tener amigos hasta en el infierno! —Le gritó a la cara. —Resulta que tu editor me conoce.

—¿Y?

—¡Y al leer que el protagonista masculino es un multimillonario que se llama Dani Clark, que es moreno de ojos grises y que vive en la Quinta avenida, se le ocurrió que podía ser yo! ¡Cómo opinará todo el mundo cuando lea esta bazofia!

Su padre se echó a reír. —Hija, ya podías haber cambiado un poco los nombres.

—Los nombres son provisionales. No debes preocuparte. Cuando salga el libro, nadie sabrá que eres tú.

Él entrecerró los ojos. —¿Qué necesidad tenías de hacer esto?

—Es una terapia. —Levantó la barbilla. —Me he desahogado.

—¿Y para desahogarte tenías que decir que mi polla no te entraba en la boca?

—Cariño, esa parte me la perdí —dijo su madre intentando coger el manuscrito, pero él la fulminó con la mirada.

—Se van a vender como churros. —Su padre se partía de la risa.

—Como alguien relacione este libro conmigo, prepárate para la que te va a caer encima.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros como si le diera igual y al volverse a David se le cortó el aliento al ver una cicatriz en la base del cuello.

—¿Qué coño? —David tiró el manuscrito al suelo cogiéndola del brazo y rasgó el vestido por su espalda dejándolos a todos con la boca abierta. Toda su espalda estaba llena de pequeñas cicatrices excepto dos largas y profundas. Atormentado miró su espalda y alargó la mano para tocarlas. Keira cerró los ojos porque anhelaba su contacto después de un año sin sentirle.

—Todavía no podía hacerse el tratamiento laser para eliminarlas porque eran muy recientes —dijo su padre muy serio.

Su madre se echó a llorar. —¡Mamá, no pasa nada!

—Nena, yo...

Le fulminó con la mirada. —No quiero verte más. Aléjate de mí.

—No lo hice a propósito.

Le miró asombrada. —¿Crees que estoy cabreada por la caída? ¡Estoy cabreada porque no te dignaste a saber si estaba bien!

Él apretó los labios saliendo de la casa y fríamente dijo disimulando el dolor que sentía en su pecho. —Voy a cambiarme.

Dos días después estaba de compras con su madre cuando salieron de Macy`s encontrándose con

Rick.

—Menuda sorpresa —dijo el dándoles un beso—. ¿De compras?

—Hoy se ha dado la primera sesión de láser y lo estamos celebrando.

—Eso es estupendo. Y la homenajeadá al parecer no quiere una fiesta. Te aseguro que las mías son de primera.

—Sí, ya las he visto.

Rick se echó a reír. —Esta será mucho mejor. Te lo aseguro. —Miró a su alrededor. —¿Sabes que David se está retorciendo de arrepentimiento? Ha llegado la hora de asestarle el mazazo final.

—Serás retorcido.

—Es uno de mis mejores amigos y no quiero verle sufrir. Venga, échale una mano.

—No quiero saber nada de él.

La siguió hasta la puerta. —Me ha contado vuestra discusión. Sí que sabía cómo estabas. El doctor Sudge se lo dijo.

Se detuvo volviéndose lentamente. —¿Cómo has dicho?

—Tu padre no quería que se acercara y buscó otro medio para enterarse de que estabas bien. Mientras te operaban, él estaba en una habitación privada esperando noticias. Incluso entró a verte cuando estabas sedada y estuvo contigo una hora antes de que te pasaran a la habitación.

Los ojos de Keira se llenaron de lágrimas. —Me estás mintiendo.

—Pregúntale al doctor. —Le guiñó un ojo. —Tan simple como eso. Que tengan buenas compras mis bellas damas.

Su madre la abrazó por los hombros. —Vamos, hija. Creo que es hora de volver a casa.

Se pasó tanto tiempo sentada en su cama pensando en todo lo que había pasado que antes de darse cuenta ya había amanecido. Le echaba tanto de menos. Era increíble que a su lado siguiera sintiendo la misma emoción, la misma excitación que cuando le conoció, después de todo lo que había pasado entre ellos. Entonces supo lo que necesitaba. Lo que quería más que nada en el mundo y sólo lo podía tener con él.

Cogió su móvil y llamó a Rick. —¿Diga? —preguntó con voz somnolienta—. Joder Keira, ¿eres tú? ¿Sabes a qué hora me he acostado?

—Cariño, ¿quién es?

—Cierra la boca.

Levantó una ceja porque todos eran iguales. —Organiza la fiesta, Rick.

—Aunque ya sé el resultado sobre a quién vas a elegir, ¿puedo ofrecerte?

—Muy gracioso. —Colgó el teléfono y salió de su habitación yendo hacia la habitación de sus padres. Entró sin llamar y puso los ojos en blanco al ver cómo roncaban los dos. Menudo par.

—¡Papá!

Su padre se sobresaltó parpadeando. —¡Hija! ¿Qué ocurre? ¿Hay fuego?

—Quiero dinero.

—¿Me despiertas a las seis de la mañana para decirme que quieres dinero?

—Es que no me basta con la asignación para esto.

Se sentó en la cama mientras su madre se daba la vuelta para seguir durmiendo o disimulando, que también tenía pinta de eso. —¿Y se puede saber qué te vas a comprar?

—Un potro de tortura.

Su madre se sentó de golpe mirándola como si no la conociera. —Perdona, ¿qué has dicho?

—Necesito algo para tenerlo atado y...

—¿Atado? ¿A quién? Hija, el sado no te va a gustar. —Su padre volvió la cara hacia su madre. —¿O

sí?

—¡Claro que no! —respondieron las dos a la vez.

Su padre se pasó la mano por la cara. —Vamos a ver. ¿Para qué quieres un potro de tortura?

—Para atar a David. —Sonrió satisfecha. —Le voy a exprimir. Quiero un hijo.

Sus padres ahora sí que no sabían qué decir. —¡No me miréis así! Quiero que me dé un hijo. ¡Si no puedo tenerle a él, quiero un hijo suyo!

Garrett miró a su mujer. —¡Estás loca! —Lorraine se sonrojó. —¿Lo hiciste por eso?

Los ojos de su mujer se llenaron de lágrimas. —Sabía que te aburría y que no tardarías en echarme.

—¡Como me voy a aburrir contigo si estás loca! ¡Esto me lo vas a pagar!

—Disculpar... ¿nos centramos en mí?

Sus padres la miraron. Su padre asombrado y su madre sonriendo por el castigo que le esperaba.

—Hija, ese plan no dará resultado. Como dominante sé que no me dejaría atar.

—Por eso tengo contratar a cuatro hombres que le dominen por mí.

—Ay, madre —susurró su madre.

—Este es el plan. Sé que hay habitaciones en el club para los que quieren jugar allí. —Su padre asintió y su madre suspiró seguramente recordando sus correrías. —En una de esas habitaciones colocaré el potro antes de la fiesta y conociendo a Rick, la organizará rápidamente. Seguramente para esta noche. —Sus padres asintieron. —Cuando le elija, se llevará una sorpresa, así que como anfitriona tendrá que hacer lo que yo diga y seguirme ante los socios. Cuando le meta en la habitación, le ataré al potro. Pienso salir de allí embarazada. Como si me tengo que quedar una semana.

Su padre soltó una risita sin poder evitarlo. —Hija, seguro que Rick tiene algo por el estilo en el club. Hay socios que tienen esos gustos. Yo mismo utilicé algo parecido hace unos años. No me gustó demasiado. Prefiero que mis amantes tengan algo de movimiento. Aquella cosa la dejaba inmóvil.

Entrecerró los ojos. —Voy a preguntárselo. Sino tengo que comprarme uno.

Salió de allí y sus padres salieron de la cama a toda prisa.

Volvió a su habitación y cogió el móvil. —¿No me digas que has cambiado de opinión? —le preguntó su amigo con la respiración alterada.

—¿Te pillo en mal momento?

—No. —Escuchó que apartaba el móvil. —¡Métela más! —Acercó el teléfono a la boca. —En cuanto acabe con lo que tengo entre manos empezaré a organizarla.

—¿Tienes algo parecido a un potro de tortura? ¿Algo que le tenga atado y que me lo pueda tirar a gusto?

Rick se echó a reír a carcajadas. —Tengo todo lo que necesites. Vete al club y revisa las mazmorras. Allí encontrarás cualquier cosa que se haya inventado.

—Genial. ¡Gracias!

—No me las des. David te va a matar.

—Ya, ya... —Colgó el teléfono y miró emocionada a sus padres. —Tengo permiso para revisar la mazmorra.

Su padre salió corriendo. —Voy a vestirme.

—¿Qué pasa? —Lorraine parecía en shock. —¡Mamá!

—Allí sólo bajan los clientes vip. Clientes con necesidades especiales. Pagan por las mazmorras una prima especial. —Salió corriendo por el pasillo. —¡Esperarme! ¡No me lo quiero perder!

Cuando estaban llegando miró sin entender a su padre. —¿Pero los sados no van a las mazmorras? ¿Dónde organizan sus torturas?

—En la mazmorra. Pero es sado extremo. Los sadomasoquistas normalitos organizan sus fiestas en las habitaciones.

—¿Rick no tiene miedo de que a un cliente se levaya la mano? ¿Estamos hablado de asfixia y esas cosas?

—En la mazmorra hay una dominatrix que controla los juegos. En cuanto ella cree que se puede perder el control, se lía a latigazos. Y no creas que se corta. Me llegaron rumores que Morton se pasó de la raya hasta el punto que la chica ya estaba desmayada y la dominatrix le pegó una paliza que aun la debe estar recordando. —Su padre se echó a reír. —Me hubiera encantado verlo.

—¿Cómo hay chicas que se exponen a eso? —Asombrada miró a su madre que se encogió de hombros. —Que te peguen y que te asfixien. Esas cosas me ponen los pelos de punta.

—Les gusta el dolor. Les excita. Rick me ha comentado que tiene lista de espera. Aunque les pagan muy bien, muchas lo harían gratis.

—Hija, tienes que entender que lo que nos gusta a nosotras mucha gente tampoco lo entiende. Todos estamos metidos en el mismo saco.

—David nunca me haría daño.

—Un poco de dolor no está mal, pero una paliza es inconcebible para mí —dijo Lorraine—. Ah, ya hemos llegado.

El portero les saludó y como era muy temprano aun había clientes de la noche anterior en el bar. A uno de ellos una de las chicas le estaba haciendo una mamada, pero los tres les ignoraron yendo hacia el camarero.

—Buenos días, señores. ¿Desean tomar algo?

—Rick nos ha dicho que podemos bajar a las mazmorras a elegir un juguete. ¿Dónde está Clay?

—El ayudante del señor está en su oficina. —Descolgó el auricular que tenía en la pared. —Enseguida le aviso.

Ellos esperaron mientras hablaba y sonrieron al ver un hombre de la edad de Rick que se acercó abrochándose la chaqueta del traje azul claro que llevaba. Era rubio y un poco bajo para su gusto, pero tenía bastante músculo. Keira se imaginó que era quien se encargaba de todo en el local.

—Buenos días, señoras, Garrett.

—Hola, soy Keira.

—Rick me acaba de llamar para la organización de la fiesta. —Les indicó con la mano. —Si me siguen, quizás podamos encontrar lo que la señorita necesita.

Fueron hasta un ascensor elegantemente decorado estilo art decó y Clay sacó una llave metiéndola en una cerradura. La giró y pulsó el botón del sótano. Al notar que ella le miraba sonrió. —La seguridad y la privacidad en la mazmorra es muy valorada.

—Me lo imagino.

—Seguro que encontraremos algo que la satisfaga.

En cuanto se abrieron las puertas los tres se quedaron con la boca abierta al ver que era una auténtica mazmorra. La decoración de la gigantesca habitación eran varias celdas con ganchos colgados en las paredes de piedra, cadenas por todas partes, incluso colgando del techo y del suelo. Pero lo que más la sorprendió fueron las herramientas colocadas en la pared. Había desde látigos hasta máscaras de látex y vibradores en sus cajas de todos los tamaños.

—Adelante. Miren todo lo que quieran.

—Madre mía, esto merece el madrugón —dijo su madre esquivando las cadenas colgadas del techo.

—Hija, mira allí.

Ella miró hacia donde decía su padre, que era una mesa de madera con cadenas en las cuatro esquinas.

—¿Algo así no te vale?

—Si me permiten.... —Clay pasó ante ellos yendo hacia detrás del ascensor. Ellos les siguieron y allí se encontraron cualquier cosa que pudiera necesitar. Estaba claro que Rick no bromeaba al decir que

allí había cualquier cosa que hubiera salido al mercado. Clay se acercó a una camilla. —Esta la guardamos aquí, pero en realidad se usa para las fantasías de médicos y pacientes. Es muy práctica para realizar varias posturas. —Parecía una camilla de ginecólogo, pero tenía correas para los brazos y las piernas. Clay vio como la levantaba hasta ponerla vertical. Para después tumbarla y abrir lo que son las piernas para dejar espacio. Sacó unos estribos de los laterales. —Para la sujeción de la señorita.

Keira se sonrojó y miró a su padre. —¿Qué te parece?

—¿El respaldo se sube?

—Por supuesto.

—Cariño, pregunta donde lo han comprado —susurró su madre.

Clay se echó a reír. —Pueden usarlo siempre que quieran. De hecho, pueden usar cualquiera de ellos. Rick sabe cuidar a sus amigos.

Miraron a su alrededor como si les hubiera tocado la lotería. —Me gusta —dijo Keira—. Así le podré mover según mis necesidades.

—Rick se encargará de convencer al elegido para que se deje atar. Mis chicos se encargarán de convencerle.

Garrett rió por lo bajo.

—Pero no le harán daño, ¿verdad? —preguntó preocupada.

—No se preocupe, señorita. El objetivo de la fiesta es que sea usted la que más disfrute esta noche. No dañaremos su regalo.

Sonrió radiante y emocionada miró la camilla. —Estoy deseando probarla.

Clay asintió. —Respecto a su vestuario... —Parpadeó porque no había pensado en eso. —Debe ser especial. Si viene dos horas antes de la fiesta puede vestirse aquí mismo y me encargaré de que tenga todo lo que necesite. Incluso maquilladora y peluquera que enfatice sus preciosos rasgos.

—Oh, qué bien. —Sonrió encantada.

Su padre sonrió satisfecho. —¿Rick me subirá la prima?

—Por supuesto.

Los cuatro se echaron a reír y subieron al piso de arriba donde se despidieron hasta esa noche. Ya en el coche miró a sus padres que cogidos de la mano se sonreían cómplices. Habían tardado veinticinco años en ponerse de acuerdo, pero lo habían conseguido. Esperaba que ella y David no tardaran tanto.

Capítulo 7

Se miró al espejo de cuerpo entero mientras la chica que le vestía tiraba de los cordones del corsé blanco que llevaba. Era una exquisitez de encaje y perlas que combinaba con las braguitas que llevaba. Las medias a mitad del muslo del mismo color tenían un encaje igual que el corsé y los zapatos eran altísimos estilizando sus piernas.

Su madre se emocionó. —Hija, estás preciosa.

—¿Seguro? Esto será cómodo para... —Levantó una ceja.

La chica sonrió atando el cordón. —Ya verá como tiene libertad de movimientos y si se siente incómoda sólo tiene que tirar del cordón. —Cogió una bata de gasa blanca prácticamente transparente y después de ponérsela ajusto sus solapas a los laterales de sus generosos pechos e hizo una lazada ajustándola a su cintura. Se veía su corsé, pero parecía vestida. Asintió satisfecha mirando el maquillaje que enfatizaba sus ojos con un eye liner negro y sombra de ojos verde y dorado. Los labios estaban pintados de rojo y sus gruesos rizos estaban recogidos en los laterales de tal manera que no la molestarían sin perder la sensualidad del cabello suelto.

Llamaron a la puerta y se volvió. —Adelante.

Rick entró con su padre y abrió los ojos como platos. —¿Estás segura que no quieres elegirme a mí?

Su padre sonrió. —Estás preciosa, hija. No habrá hombre que no desee que le elijas.

—Gracias, papá —dijo emocionada.

—¿Has cenado algo? —preguntó Rick mirando el carrito.

—Casi no he probado bocado —dijo nerviosa llevándose la mano al vientre.

—No voy a hacerte esperar más. Es hora de que empiece la fiesta.

Nerviosa miró sus ojos negros. —¿Ha venido?

—Tiene un cabreo conmigo... Le he dicho que debido a tu accidente voy a agasajarte ofreciéndote cualquier hombre que elijas. Me ha pegado tantos gritos que casi me deja sordo, pero cuando le he preguntado si iba a venir ha dicho “Por supuesto. A ver quién tiene huevos para tocar lo que es mío”

A Keira le dio un vuelco el corazón. —¿Dijo eso?

Garrett se echó a reír. —Está sentado solo en uno de los sofás mirando a todos como si quisiera que desaparecieran de la faz de la tierra.

—Bien. —Su madre la cogió por los hombros y se miraron a los ojos. —Vete a por tu hombre, hija. Pero con límites, ¿me entiendes?

—Sí, mamá.

Garrett asintió.

—Si lo consigues, pues muy bien, pero si no es así, tendrás una noche para recordar siempre. —La besó en la mejilla. —Vamos allá.

Se acercó a su padre y le besó en la mejilla. —Gracias.

—No me las des. Vamos a divertirnos.

Cuando llegaron abajo Kirk, la metió por un pasillo trasero que llevaba al escenario. —Todo está listo. Primera habitación del primer piso a la derecha —dijo ayudándola a subir unos escalones. Kirk hizo un gesto con la mano a Clay que dijo algo por un micro que tenía al lado de la boca. Kirk sonrió escuchando cómo las chicas salían al escenario chillando y riendo. —No elijas de inmediato.

Ella asintió y apretó su mano. —Gracias.

—Ya me las darás. Espero que todo te salga bien.

Tomando aire miró al frente. Tenía un telón de terciopelo dorado delante y se puso muy nerviosa

escuchando a las chicas.

—Esta noche es muy especial. Tanto que nunca habíamos hecho nada así. —Los asistentes a la fiesta aplaudieron. —Nuestra homenajeada es la primera socia femenina del club. —Keira abrió los ojos como platos y miró a Rick que se echó a reír al verle la cara. —¡Darle la bienvenida a la siguiente generación! ¡Darle la bienvenida a Keira Hobson!

El telón se abrió y Keira aun sorprendida miró al frente donde la chica del micro vestida con un corsé negro como el de ella, la cogió de la mano calmándola con la mirada mientras los miembros aplaudían. La llevó hasta el centro del escenario. Al ver a su madre aplaudiendo entusiasmada sonrió sin poder evitarlo.

—Keira está preciosa esta noche y como sabéis, porque lo decía en la invitación, tiene el privilegio de elegir entre los socios con quién pasarlo bien. —Y poniendo una mirada maliciosa añadió —Nuestra nueva socia tiene gustos variados, chicos. Hija de un dominante y una sumisa, tiene esas dos facetas en su interior, así que nunca se sabe.

Los murmullos les rodearon. —¿Estáis dispuestos para la elección? —gritó haciendo que el público gritara—. ¡Pues vamos a empezar!

Le pasó el micro a ella y sonrió maliciosa mirando a David, que muy tenso la miraba de arriba abajo comiéndosela con los ojos. Su corazón empezó a ir a mil por hora, pero era momento del espectáculo. —Hoy me siento un poco inquieta. —Caminó por el escenario mirando a su alrededor. —Veo que hay socios muy interesantes y estoy segura que muchos me lo harían pasar muy bien. —Su voz ronca hizo que varios dieran un paso adelante para que les viera mejor. David miró a su alrededor con ganas de matar a alguien y se levantó de inmediato. —Uy, chicos. Os veo impacientes. Mmm, exactamente como a mí me gusta... —Su padre asintió dándole su aprobación y su madre hizo un gesto con la mano indicándole que se quitara la bata. —Uff, qué calor hace aquí. Debe ser por tanta testosterona. —Se desató la bata lentamente y dejó caer la bata mostrando sus preciosos hombros. Los hombres dominantes dieron un paso hacia ella por su naturaleza, pero ella negó con la cabeza. —Chicos, hoy elijo yo. —Le guiñó un ojo a David que parecía a punto de estallar. —Es justo que os diga lo que me gusta por si alguno no está dispuesto a participar, ¿no creéis? —Distraída se pasó una mano por su pecho apartando uno de sus rizos. —Me gusta el sexo duro que me haga gritar de placer. ¿Creéis que seréis capaces? —La temperatura en la sala había subido varios grados y ella señaló a un tío guapo que tenía delante. —¿Me harías gozar?

—Pequeña, pruébame y no querrás a ninguno más.

Rick se echó a reír como alguno más, cuando intentó cogerla por el tobillo llevándose un tortazo. —Eres muy malo. No se toca la mercancía —dijo ella riendo al ver su cara de sorpresa—. Busco un dueño que me haga gozar, pero que soporte mis momentos de dominación. ¿Habrá alguno por aquí?

—¡Elígeme a mí! —gritó Rick ganándose una mirada de odio de David.

—¡Se acabó! —David apartó a varios a empujones y saltó al escenario, cogiéndola en brazos. Pero varios miembros no le dejaron pasar para que no pudiera bajar.

—¡Tiene que elegir ella, Clarkson!

—¡Ella eligió hace un año! ¡Es mía! Así que apartaros antes de que os parta la cabeza a todos.

Keira sonrió y dijo al micro —Elijo a Clarkson.

Varios protestaron y David la miró a los ojos intensamente antes de besarla en la boca apasionadamente. La chica le quitó el micro antes de que abrazara su cuello respondiendo con ganas.

—Nuestra nueva socia ha elegido. No os preocupéis queridos, puede que tengáis otra oportunidad —dijo viendo cómo se besaban—. Aunque me da que Clarkson no lo va a permitir.

David se apartó y bajó los escalones del escenario mientras se apartaban para dejarles espacio. Rick la miró a los ojos y asintió dándole a entender que todo estaba listo.

Keira le acarició el cuello. —¿Me has echado de menos?

—Te voy a demostrar todo lo que te he echado de menos, nena —dijo con voz ronca—. Joder me muero por córreme dentro de ti.

Ella sonrió. —Lo mismo digo.

Ni esperó al ascensor y ella dijo besando su cuello. —Cariño, mi habitación es la primera de la derecha. Allí tengo mis cosas.

Como era la más cercana él ni discutió y cuando se abrió la puerta David frunció el ceño al ver allí cuatro de los guardaespaldas de Rick. —¿Qué coño hacéis aquí?

—Cielo, déjame en el suelo.

—¡Largo de la habitación! —La dejó lentamente en el suelo y Keira se apartó prudentemente. —Ahora, chicos.

Los cuatro se tiraron sobre él y mientras gritaba le metieron en la habitación. Furioso miró a Keira. —¿Qué coño pasa aquí?

—Cariño, no pensarías que te perdonaría tan fácilmente, ¿verdad? Tienes que tener tu castigo. —Asombrado vio que le quitaban los pantalones mientras los otros le arrancaban la chaqueta.

Ella hizo una mueca al ver que su camisa terminaba hecha girones. —¡No tiene gracia! —gritó intentando soltarse.

—Sabía que no colaborarías —dijo dejando caer la bata.

Uno de los chicos que cortaba la corbata de David la miró comiéndosela con los ojos. —¿Qué coño miras? —gritó él haciéndola sonreír.

Ella se acercó quitándole las tijeras al tipo y le miró a los ojos. —Cariño, no te muevas que puedo cortarte la colita.

—Keira, hablo en serio.

Muy excitada cortó sus calzoncillos por un lateral y maliciosa le acarició el sexo mientras era sujetado por aquellos cuatro hombretones. —Mmm, cariño. Al parecer protestas demasiado.

—¡Te juro que esto me lo vas a pagar!

Riendo cortó el otro extremo del calzoncillo dejando que cayera solo. —Chicos, ya podéis colocarlo en su sitio.

Al ver que tiraban de él hacia atrás miró sobre su hombro y abrió los ojos como platos al ver la camilla colocada en posición vertical. —¡Estás loca!

—Seguro que a ti te gustaría tenerme atada ahí mismo. —Se pasó la mano por la cadera hasta llegar a su cintura mientras ataban las correas. —¿No es cierto, cariño?

—¡Cuando salga de aquí pienso tenerte atada una semana!

—Una semana. Estoy impresionada. ¿Chicos, termináis de una vez?

Uno de ellos ajustó la última correa sobre su muslo y ella se acercó lentamente. —Podéis iros.

David la miró agachando la cabeza y ella levantó la barbilla acercándose a él para rozar su cuerpo. —Estás para comerte ahí dispuesto para mí, ¿sabes?

Él agachó la cabeza todo lo que pudo para atrapar sus labios, pero ella se apartó. —No tengas tanta prisa. —Miró su tetilla que estaba ante ella y pasó la uña por ella sobresaltándolo. —Casi no he comido. —Se acercó y le dio un lametón antes de mordisqueárselo, provocando que David se tensara tirando de sus correas. —Mmm, qué bien sabes.

—Nena, suéltame. —Su voz ronca la estremeció.

—Si acabamos de empezar. Todavía queda mucha noche por delante —dijo maliciosa bajando sus labios por sus abdominales hasta llegar a su ombligo. Acarició sus caderas con las manos y David gruñó arqueando su cuello hacia atrás tirando de sus correas con la respiración agitada. —¡Joder!

—Recuerda que no puedes correrte o tendré que castigarte. —Acarició su miembro con la lengua hasta su base recorriendo una de sus venas. Miró hacia arriba cogiéndola con la mano derecha firmemente y no separó sus ojos de él mientras se la metía en la boca. Fue como si a David le diera una

descarga eléctrica porque se estremeció de arriba abajo con fuerza. Estuvo torturándole un rato lamiendo y chupando su miembro, pero cuando le notaba al borde del orgasmo se apartaba besándole el muslo, la ingle o cualquier otra parte de su cuerpo. Sudoroso y totalmente fuera de sí protestaba cuando se apartaba moviendo la cadera hacia ella.

Keira muerta de deseo por él se enderezó pegando su cuerpo al suyo. —Te has portado muy bien —susurró antes de besar sus labios subiendo la mano por su pecho hasta llegar a su cuello devorando su boca.

Se apartó y sonrió maliciosa. —Ahora empieza lo mejor.

—Nena, suéltame. —Ella dio a una palanca cayendo en posición horizontal. —¡Me cago en la puta!

—Uy, lo siento ¿Te ha dolido? —Sacó los estribos sin dejar de acariciarle y se quitó las braguitas. —Mira cielo, me he depilado como a ti te gusta. —Se acarició el sexo mientras David la miraba con deseo. —¿Quieres probarme?

—¡Nena, acércate!

Siguió acariciándose y se subió sobre uno de los estribos colocándose a horcajadas sobre su sexo. Ella se siguió tocando sobre él. —Es una pena que tengas las manos atadas —dijo muy excitada—. Me encanta cuando me lo haces tú.

—¡Pues suéltame! —Levantó sus caderas y ella gimió por el roce en su sexo. —Suéltame y te haré todo lo que quieras.

Ella se detuvo y se tumbó sobre él. —Mi vida, esto no va así. —Agachó la cabeza y le mordió un pezón haciéndolo gritar de placer. —¿Te va el dolor? —Se levantó ligeramente y cogió su sexo enderezándolo para acariciarse con él. David se tensó con fuerza. —No puedes correrte, cielo.

Se introdujo su sexo de golpe y cerró los ojos por el placer que la recorrió mientras él gritaba levantando sus caderas para entrar profundamente en ella. Apoyándose en sus pectorales, se movió firmemente sobre él sin dejar de mirar sus ojos. Y le conocía tan bien que cuando estaba a punto de correrse se detenía en seco provocando que estuviera al borde del desfallecimiento hasta que Keira no lo soportó más y aceleró el ritmo de manera salvaje. —Córrete conmigo, cielo —susurró clavando sus uñas en su pecho hasta que con un último movimiento de caderas él se estremeció con fuerza gritando de placer y al sentir como se derramaba en ella, Keira gritó sintiendo que cada fibra de su cuerpo se tensaba con fuerza cayendo sobre su pecho agotada.

Cuando volvió en sí besó su pecho y David susurró —Suéltame Keira, quiero tocarte.

Sonriendo se volvió a sentar sobre él. —Cariño, acabamos de empezar.

Asombrado vio cómo se levantaba y separaba sus piernas aun sujetas tocando sus testículos provocando que cerrara los ojos de placer. —Va a ser una noche muy larga.

A las siete de la mañana Keira no podía más y casi se quedó dormida sobre él. Sacando fuerzas sin saber de dónde, se apartó lo suficiente para ver su cara. —Increíble —susurró al verle dormido. Le besó suavemente en los labios—. Una semana, ¿eh? Menuda amenaza.

Se levantó de encima de él pisando el corsé que había desechado después de unas horas y cogió una manta de encima de la cama cubriéndose con ella. Le daba pena dejarle allí tumbado, pero ni de broma le soltaría. —No vaya a ser que se despierte.

Salió de la habitación subiendo al piso donde se había cambiado y después de ducharse se puso el vestido que había llevado. El portero le buscó un taxi y cuando llegó a casa de sus padres fue directamente hacia su habitación cayendo en la cama agotada. Dormiría una semana. Sonrió recordando todo lo que le había hecho esa noche. Estaba convencida que no la olvidaría nunca.

La despertaron el hambre y unos gritos en el salón. Gimió abrazando la almohada. —No puede ser.

—¡Quiero ver a mi mujer!

¿Ahora era su mujer cuando la había echado a patadas? Eso había que negociarlo. La puerta de su habitación se abrió y ella se hizo la dormida. La cogió en brazos y ella gimió en protesta porque le dolía todo, pero suspiró contra su camisa como si siguiera dormida. Escuchó como la llevaba por el pasillo y su padre susurraba —No puedes hacer esto.

—Vaya si puedo.

El click del ascensor le indicó que bajaban. ¿No pensaría llevarla así hasta casa? Pues sí. Caminaron por la calle hasta llegar a su portal y escuchó decir al portero —¿Le ayudo, señor Clarkson?

—¡No!

Era imposible que siguiera dormida después de eso, así que abrió los ojos. —¿David?

—Sigue durmiendo, nena. —La metió en el ascensor y el portero pulsó el ático.

—¿Qué haces?

—Trasladarte.

—Ah... ¿para qué?

—Necesito alguien con quien discutir.

El corazón de Keira saltó emocionada. —¿No me digas?

La miró preocupado, aunque intentaba disimularlo. —¿Tienes algo que decir?

—¿No te vale cualquiera?

—No, sólo tú.

Keira sonrió y acarició su cuello. —Lo de ayer te gustó, ¿verdad?

—Me va a gustar mucho más lo que te haré dentro de un rato. Vas a pagar lo de la vaselina.

Se echó a reír mientras la sacaba del ascensor. —Pero si te volvió loco. He encontrado tu punto G. ¿Quieres que te lo vuelva a hacer?

—Me dedicaré a buscar el tuyo. Me lo voy a pasar estupendamente encontrándotelo.

La puerta de su apartamento se abrió mostrando a una chica vestida con su uniforme sonriendo de oreja a oreja. —El portero me ha avisado.

Atónita la miró con los ojos como platos. Era una rubita de pelo largo con tirabuzones y piernas largas, que en ese mismo instante odió a muerte.

—¿Qué es esto?

—Ella es Kathy. Mi asistente.

—Déjame en el suelo, David.

Él la miró con desconfianza y la dejó suavemente sobre el suelo. —¿Y desde cuándo es tu asistente?

—Hace un año —dijo sonriendo de oreja a oreja esa estúpida descerebrada.

Miró a David sin poder creérselo. —¿Y qué tienes en mente?

—Nena, no es lo que piensas.

—¡Lleva mi uniforme! —Se volvió hacia la chica. —Levántate la falda.

—¿Qué? —Confundida miró a David.

—¡Levántate la falda!

La chica que estaba acostumbrada a obedecer, se levantó la falda mostrando que no llevaba bragas. Sintió que se le rompía el corazón en ese momento.

—Keira... —Intentó tocarla, pero ella se apartó asqueada. David la miró torturado. —¡Fui a buscarte después de salir del club! Ni me acordé de ella.

—¡Un año! —gritó sin poder retener las lágrimas—. ¡Un maldito año! —Le abofeteó con fuerza y salió corriendo de allí entrando en el ascensor antes de que él pudiera evitarlo.

—¡Keira! —Golpeó las puertas intentando detener el ascensor.

Llorando salió corriendo ante el portero y cruzó la calle hacia Central Park ignorando los pitidos de los coches. Perdió los zapatos por el camino, pero corriendo por el césped no se detuvo a recogerlos. Ni sabía lo que hacía y ni se dio cuenta que atravesaba el parque hasta llegar a la estrella de John Lennon.

Agotada se sentó en un banco ocultándose de las miradas de los curiosos que pensarían que era una desquiciada.

Limpiándose las mejillas con las manos se sintió una estúpida por su comportamiento. ¿Un hombre como él un año sin una sumisa? Era una locura. ¿Pero cómo no se le había ocurrido? Conociéndole como le conocía, sabiendo lo que sabía de su mundo, tendría que habérselo imaginado.

Apretando sus manos se dijo a sí misma que todo aquello era inútil. Era como pegarse contra una pared una y otra vez. Levantándose más calmada caminó hacia su casa y cuando llegó le abrió la sirvienta que la miró preocupada. Su madre estaba sentada en el sofá mirando a su padre que gritaba por teléfono. —¿Cómo que tengo que esperar cuarenta y ocho horas? —Al verla entrar en casa colgó el teléfono. —Hija...

Ella forzó una sonrisa. —No pasa nada —dijo con la voz congestionada intentando no llorar—. Estoy bien.

—Hija, tienes que entenderlo. Yo mismo he tenido amantes...

—Garrett. —Su madre se levantó con los ojos llenos de lágrimas. —Tu hija no es como yo.

—No. No lo soy. —Caminó sobre el parquet hasta llegar a la terraza.

—Está como loco buscándote por el parque, porque el portero le ha dicho que corriste hacia allí. Tengo que llamarle.

—Dile que venga —susurró intentando serenarse.

Su padre apretó los labios y miró a su mujer que sufría por su hija tapándose la boca. Garrett llamó a David y se puso el teléfono en el oído. —Está aquí. Quiere verte.

Fueron los diez minutos más tensos de su vida y cuando le vio correr cruzando la calle apretó la barandilla de piedra intentando parecer lo más serena posible.

Escuchó los pasos de David acercándose y detenerse tras ella. —Lo siento.

—¿Qué es lo que sientes? Es tu naturaleza. No te disculpes por eso. —No era capaz de mirarle, pero aun así continuó —Te dije una vez que no estaba dispuesta a vivir de esa manera y sigo pensando lo mismo.

—Se irá. —La cogió por los hombros girándola y le dijo torturado —Se irá, lo juro. Estaremos tú y yo solos como antes. —Keira sintió que se le destrozaba el alma.

—No me necesitas.

—¡Sí que te necesito! —La cogió por la nuca levantando su cara. —Nena, te necesito en mi vida y eres parte de mí. Te juro que conseguiré convencerte de ello. —La besó con pasión, casi con desesperación. —Preciosa, dime que me perdonas. Te quiero.

—¿Qué?

Se miraron a los ojos sintiendo que el tiempo se detenía y él acarició su mejilla. —Te quiero y eres lo único que necesito para ser feliz. Por favor, nena vuelve a casa.

—¿Me lo estás pidiendo? —preguntó asombrada sintiéndose inmensamente feliz

—No. —Negó con la cabeza asombrado de sí mismo. —Y no pido. Nunca.

Ella se echó a reír abrazando su cintura. —Eso me parecía. Ordénamelo en condiciones, amor —susurró antes de besarle.

Epílogo

Su marido levantó sus piernas colocándoselas en los hombros mientras ella suplicaba de placer que terminara.

—Te has portado mal. Es la sexta asistenta que pasa por casa. Mira que tirarle el bolso por la ventana. —Divertido acarició su clítoris. —Tiene sesenta años. Esta no llegó a tiempo para recoger sus cosas.

Se retorció agarrando las almohadas con fuerza. —David... —Entró en ella lentamente torturándola de placer. —¡Más! —suplicó queriendo que entrara en ella con fuerza.

David gimió saliendo de ella lentamente frustrándola por las ansias que la recorrían. —Dame más —suplicó mientras su marido acariciaba sus pechos.

—No echarás a otra asistenta de casa. Repítelo.

—¡David!

—¡Repítelo!

Furiosa se apoyó en los codos. —¡Esto me lo vas a pagar!

David se movió dentro de ella con contundencia y ella gritó dejándose caer en la cama cuando algo salió de ella con fuerza empapándoles. Asombrado miró hacia abajo. —¿Te has corrido?

—Cariño sigue...

—¿Cómo que siga si te has corrido? —Ella hizo una mueca mientras él bajaba sus piernas. Acarició su enorme vientre aun mirando hacia abajo. —¿O no?

—Yo no te haría eso. He debido romper aguas.

Su marido palideció y Keira suspiró porque el sexo se había acabado hasta después del parto.

—¡Te dije que no era buena idea! —gritó su marido levantándose de un salto.

Keira sonrió maliciosa mirando su miembro. —Era una idea fantástica hasta que te has detenido. ¿Continuamos?

—¡Mueve el culo de la cama! ¡Nos vamos al hospital!

—Sólo un poco más... —rogó alargando la mano para acariciar su miembro—. Venga mi amor, uno rapidito. Cinco minutos y nos vamos. No me duele nada.

—¿Seguro?

—¿Te mentaría? Luego vendría el castigo.

FIN